HEROES ESPACIO

BRUGUERA

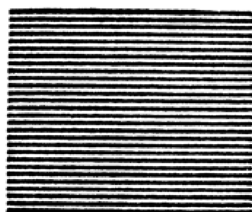
BOLSILIBROS

FUTURO

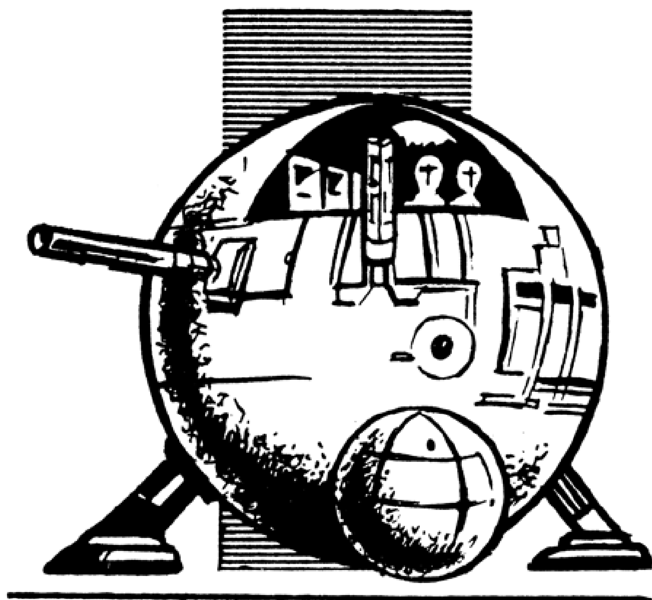
LA BATALLA DE TAKABANBA

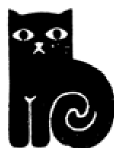


KELLTOM McINTIRE



héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

209 — *El sueño profundo* — Kelltom McIntire
210 — *Intriga en Venus* — Law Space
211 — *Vega-Tres* — Peter Kapra
212 — *El rey de los cerebros* — Joseph Berna
213 — *Sombra del caos* — Lem Ryan

KELLTOM McINTIRE

La batalla de Takabamba

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 214
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 22.546 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: julio, 1984
1ª edición en América: enero, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

A veces, el anciano Dark recorría los recovecos subterráneos a la caza de una araña o de aquellos insectos que pululaban en los sótanos, ciegos como él lo estaba.

Pero, desde largo tiempo atrás, sus restantes sentidos le permitían orientarse en los lóbregos pasadizos a la búsqueda de la miserable pitanza.

Al cabo, Dark volvía junto al joven Sy, se acuclillaba en un rincón y quedaba por completo inmóvil y silencioso. Incluso, en ocasiones, el viejo rompía a sollozar quedamente. Sy temblaba oyéndole. Intuía que su decrépito protector estaba muriéndose poco a poco, irremediablemente.

¿Cuántos años contaba ya el venerable Dark? ¿Setenta.... tal vez ochenta?

Poco importaba su edad, pues su miserable estado físico saltaba a la vista: Dark se había convertido en un esqueleto viviente. Su erguida y esbelta silueta de unos años atrás, había ido encorvándose paulatinamente, hasta formar aquella tremenda corcova. La escasez de alimentos en los últimos años y la carencia de provisiones en los últimos meses, habían ido menguando los músculos del viejo sabio, hasta el extremo de que su piel apergaminada se quedó directamente adherida a los deformados huesos.

Viéndole así en el rincón, postrado y silencioso. Sy experimentó un intenso sentimiento de compasión hacia él. Dark le había criado y cuidado durante largos años en el aislamiento odioso de aquella silenciosa ciudad subterránea. Dark le había guardado los últimos alimentos reservándose para sí el «privilegio» de la caza de arácnidos.

Sin embargo, no siempre había sido la existencia tan miserable para ellos. Tiempo atrás, cuando Sy apenas era un adolescente, numerosas personas de ambos sexos vivían en la ciudad subterránea: hombres y mujeres, niños y ancianos, componían una pequeña comunidad solidaria...

Todos habían ido muriendo, a excepción de Dark y el joven Sy. Y ahora la soledad y el silencio les pesaban como una asfixiante y demoledora losa de plomo. El anciano Dark dejó escapar un

profundo sollozo. A la luz que llegaba de una alta claraboya, Sy le miró con interés.

—No llores, padre. Es inútil —se atrevió a decir.

Pero Dark no le oyó. O no quiso oírle. Al cabo, el viejo se calló. Tal vez se había dormido, plegando sus escuálidos miembros en posición fetal.

Sy se abandonó a los recuerdos.

Recordaba a Dark, erguido, gigantesco. Era entonces un líder, un verdadero jefe indiscutible. Con energía y autoridad, Dark había dirigido durante largos años la pequeña comunidad formada por menos de cien personas.

El, personalmente, distribuía y controlaba los alimentos que se almacenaban en grandes cantidades en varias de aquellas naves subterráneas. Prudentemente, había impedido el derroche de aquellos recursos vitales. Para ello, no había dudado en enfrentarse —incluso violentamente— a algunos individuos, miembros de la reducida comunidad.

Dark sabía manejar aquel aparato que permitía reciclar el agua, cuyas reservas se mantenían equilibradas gracias a sus desvelos. Pero el jefe Dark no se limitaba a cuidar de la subsistencia de los miembros de la comunidad, equitativamente. Dedicaba la mayor parte del tiempo a educar a los más jóvenes, para lo cual disponía de una reducida biblioteca formada por dos centenares de gruesos librotes.

Sin embargo. Dark había dedicado a Sy una atención especial. A solas, al jefe se esforzaba en transmitir al joven Sy todos sus conocimientos. Y así, Sy conoció la razón por la cual ninguno de los miembros de la comunidad estaba autorizado a llegar hasta el luminoso espacio exterior.

—Allá arriba sólo aguarda la muerte —sentenciaba Dark, obsesivamente.

Desde que tuvo uso de razón, Sy oyó la palabra *hijo* en los labios de Dark cuando se dirigía a él. También otros niños y jóvenes recibían semejante tratamiento de boca de los adultos. Ellos llamaban a los suyos *padre* y *madre.* Casi inconscientemente, también Sy llamó *padre* a Dark. Podía recordar ahora las innumerables veces que había planteado aquella cuestión a Dark.

—Todos los muchachos que conozco tienen un padre y una

madre. ¿Dónde está mi madre, Dark?

El hombre al que consideraba su padre jamás había respondido a tal pregunta, a pesar de la insistencia del niño, que le quería profundamente. Dark le había dado todo cuanto poseía, incluso sus conocimientos.

A ninguna otra persona le había enseñado, por ejemplo, a reparar las extrañas máquinas que hacían más fácil la vida en la ciudad subterránea. Pero cuando tenía quince años, Sy era *capaz de desmontar y montar correctamente la más* complicada de ellas, e incluso sabía construir o reparar piezas de repuesto.

Durante aquellos años. Sy no había sido feliz, si bien experimentaba en forma latente aquella obsesión por conocer el mundo del exterior *donde reinaba la muerte.* Según lo que Dark le había enseñado, el mundo era inmenso, casi infinito. ¿Por qué arriba reinaba la muerte y abajo, en las profundidades de la tierra, latía la vida?

Dark no era muy explícito al respecto. Hacía vagas alusiones a un cataclismo universal en el que había desaparecido una avanzadísima cultura, pero jamás explicaba con claridad el origen de aquel «cataclismo».

No, no había sido feliz Sy. Dark conseguía de una u otra forma que en la ciudad subterránea reinara una actividad incesante. En la mayoría de los casos, se trataba de trasladar grandes pesos de un lugar a otro. Máquinas y objetos que, finalmente, los hombres y mujeres de la comunidad devolvían a su lugar de origen. Sy no comprendía esto. ¿Para qué esforzarse en mover continuamente aquellas máquinas, por qué montarlas y desmontarlas?

Poco a poco fue descubriendo las sabias razones de Dark: mientras permanecían entretenidos en aquellas faenas, los jóvenes ni siquiera recordaban su ansiedad por conocer El Mundo de Arriba. Por otra parte, el continuo ejercicio mantenía en excelente forma física a todos. Era agradable cansarse y… descansar. Era subyugante sentir un desmedido apetito y poder saciarlo razonablemente. Dark conocía el remedio a la indolencia, a la obsesión y a la desesperación. Era un hombre sabio.

En las numerosas estancias de la ciudad subterránea los adultos trabajaban, los jóvenes aprendían y los más pequeños jugaban. A fin de cuentas, la vida no era tan mala.

Pero después...

Poco a poco fueron desapareciendo los más ancianos y decrépitos, los que padecían alguna tara física, los enfermos... A veces moría un niño y entonces todos enmudecían por largos días. La tristeza se enseñoreaba de aquel mundo subterráneo.

Escaseaban las provisiones y surgieron las enfermedades. Ya no se oían risas infantiles, los mayores tenían expresiones herméticas o tristes y los jóvenes miraban a los adultos con estupor. ¿Qué estaba sucediendo...?

Un día, varios hombres se enfrentaron violentamente a Dark. Pretendían salir al mundo exterior, en busca de provisiones.

—Estamos decididos a intentarlo, Dark —dijo uno de ellos—. Yo mismo he observado la superficie desde el respiradero de arriba. He visto seres humanos como nosotros, que conducían unas rápidas y ruidosas máquinas. Eso demuestra que has venido engañándonos. La vida es posible fuera de esta madriguera.

Dark los observó en silencio. Al cabo, dijo:

—No os he mentido. Fuera de aquí espera la muerte.

—En tal caso, ¿por qué han sobrevivido esos sujetos que yo vi con mis propios ojos? —planteó su antagonista.

—Morirán pronto. Morirán —sentenció secamente el jefe Dark—. El ambiente es deletéreo allá arriba.

—¡Pero esos hombres...!

—Son caníbales, se han convertido en antropófagos —respondió Dark. Y un fulgor dramático destelló en sus ojos grises.

Sy era por entonces más que un adolescente. Había cumplido veintitrés años —Dark era quien llevaba la cuenta— y se había convertido en un hombre tan alto y musculoso como aquel a quien consideraba su padre. Pero no tenía noción de lo que significaba *caníbal*.

—¿Qué es un caníbal, un antropófago? —planteó directamente.

La explicación de Dark fue deliberadamente drástica.

—Un caníbal es un ser deshumanizado que se alimenta de los cuerpos de sus propios semejantes, a los que no duda en asesinar para sobrevivir. Es lo que hacen esos hombres del exterior: se persiguen constantemente hasta exterminarse, se devoran entre sí. No son seres humanos, tal como nosotros lo entendemos: se han convertido en fieras. Yo... impediré que entre nosotros ocurra algo

semejante. Lo impediré por… por cualquier medio. Si llegásemos al canibalismo, ello… significaría nuestra destrucción.

Los hombres que se proponían salir fuera asumieron con dificultad tal explicación. Y era porque se sentían famélicos.

Sy los miró con incertidumbre. Y a través de sus expresiones entendió que aquellos tres individuos llegarían fácilmente a convertirse en caníbales, tanta era su desesperación.

—Saldremos, de todas formas —insistió el que había interpelado a Dark. Y había un brillo de decisión en sus ojos oscuros.

Dark reflexionó durante unos segundos. Y al cabo decidió:

—Sea. Marchaos.

Los tres hombres se alejaron hacia la rampa helicoidal y desaparecieron.

—¿Por qué les permitiste salir, padre? —preguntó Sy, desorientado—. Tal vez les hayas condenado a la muerte si como tú dices, los individuos que recorren los alrededores con sus máquinas son… caníbales.

—La suerte de nuestros tres compañeros estaba echada. Sy. ¿No adivinaste por su expresión que ellos mismos están dispuestos a convertirse en antropófagos? Nada conseguiría con enfrentarme a ellos, pues antes o después conseguirían escapar. Ellos… creo que estaban corrompidos ya. La responsabilidad de lo que les ocurra allá arriba es suya. Es posible que los caníbales les den caza… En caso contrario, ellos mismos se convertirán en antropófagos…

CAPÍTULO II

Los tres miembros de la comunidad no volvieron a la ciudad subterránea. Por lo demás, el rumor trepidante que llegaba desde arriba siguió resonando durante varios meses, pero finalmente acabó por extinguirse.

Dark disminuyó las raciones de supervivencia, muy menguadas ya de por sí. Algunos padres reservaban su exigua porción de alimentos para sus hijos y se condenaban, así a la autoinmolación.

Por aquellos tiempos, se producía una baja por día. Los cadáveres eran encerrados en cajas metálicas, cuyas tapas soldaba herméticamente Sy. Los sarcófagos eran después depositados en una retirada estancia de blindados muros, de la cual sólo Dark poseía la llave. Poco a poco, la improvisada cripta fue llenándose con las fúnebres cajas metálicas que se apilaban junto a sus paredes.

Dark languidecía ya a ojos vista y su mente comenzaba a flojear. A veces, Sy le sorprendía hablando a solas, hecho este que le producía una viva inquietud.

—¿Es que ya no quedan esperanzas para nosotros, padre? —se atrevió a plantearle Sy un día en que le vio singularmente despierto y lúcido.

—¡Sí, *tiene* que haber esperanzas! —respondió con aquella energía que le había caracterizado hasta unos meses atrás—. Es decir la habrá para los más jóvenes. Para ti, Sy, hijo mío.

El joven protestó, encrespado:

—¡No quiero la vida para mí solo! ¡Es justo que haya vida para todos! —gritó.

Dark le miró con la perspicacia de aquel que ha logrado escrutar su propio futuro.

—La vida tiene sus propias reglas, hijo. Yo ya he vivido mi vida. No puedo decir que haya sido muy fácil ni que haya tenido muchas compensaciones, pero al fin y al cabo confieso que he vivido. Sin embargo, mi final se acerca. Sois vosotros, los jóvenes, los que empezáis, aquellos que tienen más derecho a vivir.

—No entiendo por qué ha de ser todo tan difícil. He visto a hombres y mujeres abrazarse desesperadamente en la noche, les he oído gemir como si murieran lentamente, aunque ellos aseguraban

que gozaban intensamente… Y he comprobado día a día cómo los vientres de las mujeres se abultaban y luego, al cabo de unos meses, han vuelto a gemir cuando parían un niño o una niña. ¿Todo es así en nuestra especie? ¿Sombras, miseria, hambre y llanto?

—No, no todo es así. El ser humano es capaz de gozar y reír… Sin embargo, es capaz también de labrarse su propia perdición. Y eso es lo que hicimos cuando… Pero no perderé el tiempo ahora en explicártelo: todo está en los documentos que te entregaré muy pronto.

—En cuanto a ese peligro del exterior, ¿en qué consiste?

—No es un solo peligro, hijo. La superficie que tu mirada, ávida y curiosa, ha escrutado desde el nivel más elevado de este refugio, está completamente arrasada. Es la devastación, la carencia de recursos para la vida humana, la desolación, la soledad… Sin embargo, el peligro principal es solapado, terrible, invisible. Se llama *radiactividad.*

—¿Radiactividad? Nunca me hablaste de eso, padre —arguyó Sy.

—He querido protegerte del terror hasta el último momento, hijo. Pero ahora debes saberlo todo, por tu propia seguridad. El nivel superior de este mundo está terriblemente contaminado, envenenado. La radiactividad es un efecto terriblemente cruento para los seres vivos, pues destruye inexorablemente sus células y extermina la vida lenta y dolorosamente.

—¿Y esa radiactividad… no puede atacarnos aquí?

—Las gruesas paredes de hormigón, forradas interiormente de plomo, nos protegen —explicó el anciano—. Sus efectos han sido leves para nosotros, en la mayoría de los casos. Aparte de ello, disponíamos aquí de indumentaria, máquinas y remedios contra la radiactividad. Pero fuera… el pernicioso fenómeno aún sigue ejerciendo sus efectos.

—¿Siempre será así? —preguntó Sy, sombrío.

—No. La Naturaleza es sabia, capaz de eliminar todos los peligros. Pero se necesita tiempo. Alguna vez, sin embargo, ese plano superior que te obsesiona volverá a ser habitable para los seres vivos. Ojalá para entonces no sea demasiado tarde. Por ahora, sólo los insectos y las formas inferiores de vida han sabido resistir al veneno que contamina la superficie exterior de este mundo.

—¿Cuándo, cuándo será posible la vida allá arriba, padre? ¡Es un

mundo tan maravilloso, tan esplendente y atractivo! —exclamó, fogoso. Y su expresión se apagó—. Aquí abajo todo son sombras.

—Hay signos esperanzadores, hijo. Ya te he dicho que la Naturaleza tiene sus propios recursos para limpiar lo que el hombre ha ensuciado torpemente. El viento, la lluvia, el sol, la nieve... son mecanismos que están llevando a cabo una función purificadora... Por otra parte, es posible que algunas zonas estén menos contaminadas e incluso se hayan salvado de esa mortal polución. Pero...

—¿Sí, padre?

—Yo ya habré muerto y no lo veré. Soy demasiado viejo. Como te dije antes, yo ya he vivido. Pero tú aún tienes mucha vida por delante. Y yo deseo que la conserves. Eres joven y fuerte, sereno y reflexivo. Quizá algún día encuentres a una mujer... La querrás con todas tus fuerzas y... tendréis hijos. Estoy seguro de que la vida continuará y la raza humana volverá a multiplicarse.

Sy quiso hacerle muchas más preguntas a su padre. Se sentía excitado después de aquella conversación, necesitaba conocer más, mucho más. Pero Dark se encerró en el mutismo, como solía ocurrirle últimamente, y fue inútil que el joven continuara interrogándole; el anciano se mantenía abstraído, inmóvil, como en un anticipo de aquella muerte que él mismo solía citar de cuando en cuando.

Llegó el día en que la comunidad sólo contó con once miembros. No quedaban más que unas pocas raciones de víveres, pero la mayor parte de ellas sobrarían, pues durante los días siguientes murieron tres hombres y cuatro mujeres. Uno de los hombres se había abierto las venas de las muñecas. Su esposa le descubrió en el suelo, desangrado, e ingirió desesperadamente una porción del raticida que Dark situaba en puntos estratégicos del refugio subterráneo. Los demás murieron víctimas de enfermedades o de la simple depauperación.

Y un día Dark y Sy quedaron espantosamente solos.

El joven arrastró los últimos sarcófagos hasta la tétrica cámara funeraria y cerró tras sí la puerta blindada con la llave que Dark le había confiado. Y regresó lentamente a la estancia en la que solían permanecer su padre y él la mayor parte del tiempo.

Fue entonces cuando por primera vez experimentó el peso

insoportable de la soledad. Se sentía tan triste, desolado e impotente que gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz se expandió a lo largo de los corredores vacíos y el eco lejano le devolvió la angustia de sus gritos delirantes.

Dark despertó, sobresaltado, de su modorra. Miró fijamente al joven y comprendió que ambos habían quedado solos y huérfanos de toda compañía humana que no fuera la de ellos mismos. Sus facultades mentales se habían debilitado mucho a lo largo de los últimos meses. Pero en sus escasos momentos de lucidez comprendía perfectamente que su fin estaba próximo.

Sy seguía gritando todavía cuando el anciano se incorporó.

—¡Basta! ¡Es inútil que sigas gritando! —le atajó.

—Es horrible, padre —murmuró Sy al cabo de una larga pausa—. Moriremos los dos.

—Todavía no. Te he guardado algunas raciones de alimentos. No tendrás que volver a tu caza de ratas. ¿Crees que no he descubierto tu juego, muchacho? Cazabas ratas y las devorabas... Lo hacías para ofrecerme tu ración diaria, para evitar que yo recorriera las galerías en busca de arañas y escorpiones. Te agradezco el gesto, hijo, pero a partir de ahora no será necesario que te esfuerces. Tú te marcharás de aquí. Hoy mismo.

—¿Marcharme, dejarte, permitir que las ratas devoren tu cadáver? —protestó Sy—. No esperes que lo haga. Hasta ahora te he respetado y obedecido. Pero esta vez obraré por mi propia iniciativa. Si tienes que morir, yo aguardaré aquí hasta que te llegue la muerte. Y después, quizá yo mismo me decida a morir a tu lado...

Hacía mucho tiempo que los ojos de Dark no podían ver, pero adivinaba la colérica expresión de Sy.

—Creo que ha llegado el momento de que empieces a tomar tus propias decisiones. Por otra parte, no tendrás que aguardar demasiado: sé que mi fin está cercano.

—¡Padre, padre! —gimió—. No deberías dejarme ahora.

—Es duro, lo sé, hijo mío, pero cada hombre tiene que aceptar las leyes de la vida. A mí me toca morir, a ti vivir. No podemos rebelarnos contra el tiempo. Tú esperarás a que me llegue la muerte. Conozco tus propósitos: quieres poner a salvo mis pobres restos de la voracidad de las ratas. Bien. Hazlo. Después te marcharás de aquí para no volver. Irás directamente hacia el sur. Tengo la esperanza de

que encuentres un destino mejor que el mío.

—¿Hacia el sur? ¡Tanto da! Según tú, prácticamente todo el planeta está contaminado.

—Es posible. Pero siempre hay que aferrarse a la esperanza —respondió Dark—. Irás hacia el sur. Tú sabrás orientarte bien, pues a lo largo de muchos años te he enseñado cuanto sabía.

—Pero... me arriesgaré a morir, padre —arguyó Sy.

—No, no morirás. Tengo un vehículo potente para ti. Y unas vestiduras que te protegerán de la contaminación. También te entregaré un arma. No la utilices sino para defender tu vida cuando te amenace un grave peligro. En el vehículo que he guardado para ti hay energía suficiente para que te alejes una gran distancia de aquí. También hay una colección de cápsulas sonoras como la que te enseñé hace tiempo. Allí están mis instrucciones para ti. Cuando sientas alguna duda, cuando el temor paralice tu corazón, cuando la angustia te oprima... Uno de mis mensajes te servirá para remontar la angustia y la desesperación. Los otros te ayudarán a resolver situaciones peligrosas o difíciles. Ahora... ayúdame a incorporarme. Voy a mostrarte el vehículo y tu arma. El fusil que voy a entregarte es potente y sofisticado, pero la dotación de munición es escasa. Adminístrala sensatamente.

—Así lo haré —prometió el joven. E incorporó fácilmente a Dark.

Caminaron a lo largo de un ancho pasillo descendente y penetraron en un hangar cuya puerta de acero estaba cerrada. Dark la abrió al tacto, con su llave, y la linterna que portaba Sy descubrió el gran vehículo todo-terreno que ocupaba veinte metros en el centro del hangar.

—¡Es... fascinante! —exclamó el joven, admirado.

—Sí, lo es. Ese vehículo puede avanzar por cualquier terreno e incluso navegar a través de ríos, lagos y mares. Posee gran autonomía y te defenderá contra las radiaciones. En uno de sus departamentos, encontrarás alimentos para subsistir durante varios meses y una provisión de agua pura suficiente. Pero te aconsejo que economices los víveres hasta el máximo. De ello dependerá tu supervivencia. Y ahora, hijo, devuélveme a mi lecho. Me siento exhausto.

Sy cerró la puerta del hangar. Los dos hombres tornaron lentamente a la estancia que les servía de alojamiento. En los

distantes pasillos resonaban los chillidos de las ratas.

CAPÍTULO III

Dark despertó súbitamente durante la noche.

A la luz de su linterna. Sy le vio incorporarse y agitar los brazos como aspas de molinos.

—¡Sy! ¿Estás ahí?

—Aquí estoy, padre —respondió el joven, acudiendo.

Dark se tranquilizó en cuanto las manos de su hijo entraron en contacto con sus escuálidos hombros. Sy percibió el temblor que agitaba a su padre.

—¿Qué te ocurre? ¡Estás temblando!

Dark se llevó una mano a la frente y la retiró empapada en frío sudor. Tragó saliva, aspiró un soplo de aire.

—He tenido una pesadilla terrible, hijo. Una pesadilla vívida, casi real. Te veía… convertido en un ser aborrecible, en un dictador, en un tirano desprovisto de sentimientos humanos —habló el anciano, estremecido—. Te veía acaudillando una banda de facinerosos, de forajidos y asesinos…

—Calma, padre. Fue sólo un sueño.

—A veces… Los sueños sólo son un anuncio, una premonición de lo que ha de ocurrir. Sy, tengo que hacerte ahora una confesión. Me cuesta trabajo… decírtelo. Pero debo prevenirte: tú no eres hijo mío.

Sy se separó bruscamente del anciano.

—Quiero decir que no eres mi hijo natural. Yo no te engendré. No tuve hijos jamás, con ninguna mujer. Sin embargo, te amé como a un hijo… Ese sueño, esa maldita pesadilla me fuerzan a decirte la verdad. Tu padre… era un hombre equivocado. Uno de los responsables del cataclismo, del holocausto que destruyó este mundo en el que ambos vivimos. Era un hombre poderoso, un político, un jefe… que se dejó llevar por las pasiones. La soberbia, el egoísmo, el rencor… Tengo que decírtelo: tu padre fue responsable de que la muerte se abatiera brutalmente sobre… sobre miles de millones de seres humanos inocentes.

Dark calló. Sy le contemplaba con incredulidad a la luz amarillenta de la linterna caída en tierra.

Luego, súbitamente, el joven estalló en un paroxismo de rebeldía y desesperación. De bruces contra el sólido piso de hormigón, Sy

golpeaba salvajemente el pavimento con sus grandes puños al tiempo que gritaba fuera de sí:

—¡No, no! ¡No quiero creerlo, no puedo creer lo que dices! ¡Yo no quiero ser hijo de un… genocida! ¡Yo sólo quiero ser hijo tuyo!

Dark le dejó desahogarse. Pero los gritos de Sy iban creciendo y convertían el denso silencio anterior en una vorágine de sonidos trepidantes y de ecos siniestros. Súbitamente se calló. Aunque los espesos muros de hormigón aún siguieron repitiendo el eco de sus protestas.

—¡Condenado viejo malintencionado! —gruñó al cabo—. ¡Me estás engañando! Te has vuelto loco por la proximidad de tu final y quieres que yo… yo padezca el mismo infierno que tú estás padeciendo.

Ahora su frenesí fue mil veces más violento que el acceso de ira anterior.

Dark esperaba pacientemente a que sus nervios se calmasen. Y por fin…

—Padre, perdóname. Tú eres un hombre justo. Ahora sé que dices la verdad. Esta violencia salvaje que se desata en mi corazón… es la prueba de que no has mentido. Mi padre debió de ser, también, un hombre violento, un ser humano que se dejaba arrebatar por las pasiones…

—Era un hombre. Con grandes defectos, sí. Era hijo de su época, de su tiempo. Tú eres mejor que él, aunque… lleves sus mismos genes. Pero si lo deseas firmemente, hijo mío, podrás dominar esa furia salvaje que te impulsa a la destrucción. Todos llevamos dentro el cielo y el infierno. Para dominar al mal, sólo necesitamos un poco de voluntad y un derroche de amor.

Callaron. De las distantes galerías llegaba el eco de los chillidos dramáticos de las ratas que peleaban entre sí.

Luego se oyó la fuerte respiración del joven.

—Dime. Dark, ¿cómo se llamaba mi padre? —demandó.

—¿De qué serviría decírtelo? Es mejor que te olvides de ello, de todo lo anterior. Yo… yo siempre te consideré mi hijo. Como a un hijo te traté y te amé. Y mi hijo serás para siempre. Esa pesadilla me angustió. Otras veces… he sufrido ese tipo de delirio onírico, hijo. Y siempre coincidió con hechos dramáticos, semejantes a los que veía en mi sueño. Y te he dicho la verdad como una advertencia. En el

futuro… quizá recordar esta conversación te sirva de mucho.

—Comprendo por fin, padre. Ahora ya sé a qué atenerme. Y procuraré obrar en consecuencia… Aunque te confieso que llevo un poso de amargura en mi corazón.

—Es bueno sufrir de cuando en cuando. El sufrimiento ennoblece al hombre y le confiere sabiduría. Sin embargo, no es obligado sufrir más allá de lo que nuestra naturaleza nos permite… Ahora, déjame conciliar el sueño por última vez, hijo mío. Estoy tan cansado…

Sy le depositó en el lecho y le observó con inquietud. Dark relajó sus esqueléticos miembros y comenzó a respirar con regularidad. Sin embargo, Sy, temeroso, no se apartó de él. Tendido a lo largo de la colchoneta, sobre el frío pavimento, permaneció vigilante hasta que el sueño le rindió.

Cuando despertó. Dark había muerto. Una sonrisa apacible distendía sus viejas y sabias facciones.

* * *

Nunca había contemplado espectáculo tan maravilloso.

Allá, hacia Poniente, el gran disco rojizo se hundía lentamente tras las montañas azules, y sus poderosos rayos producían un bello resplandor anaranjado al atravesar los largos estratos nubosos.

Pero mucho más cerca, el panorama que se ofrecía a los ojos de Sy era estremecedor. Altísimos edificios semiderruidos aparecían envueltos en espesas nubes de mosquitos que al rozar las construcciones ruinosas, esparcían en el aire vespertino tolvaneras de polvo ceniciento.

Había montañas de escombros por doquier. De entre los bloques arrasados brotaban estructuras metálicas grotescamente retorcidas y enormes extensiones aparecían teñidas de un negro grisáceo, muy desagradable.

De entre los montículos de escombros emergían vehículos semienterrados. Uno de ellos permanecía en equilibrio inestable sobre una cima. Sus cristaleras se habían fundido y sus planchas laterales habían quedado vitrificadas. A través de los huecos de las ventanillas podían verse algunas siluetas humanas, petrificadas. Sy veía todo con estupor y admiración desde su gigantesco vehículo.

Verdaderamente, la visión era apocalíptica. Aún permaneció allí largo rato, contemplando con ojos desmesuradamente abiertos el desastre que le rodeaba. Luego puso en marcha el vehículo y las orugas se afianzaron sobre el terreno y escalaron una montaña de escombros.

Al otro lado, en una hondonada, descubrió una de aquellas máquinas de dos ruedas. Junto a ella, un cadáver momificado embutido en un traje integral color azul, sucio y manchado. El hombre que había conducido aquella máquina cubría su cabeza con un casco provisto de visor transparente. Sy, que había descendido de su automóvil todo-terreno y examinaba el lugar con curiosidad, se inclinó sobre el cadáver y miró a través del visor. El rostro que parecía contemplarle a través del cristal tenía una expresión espantosa, acentuada por sus caninos hiperdesarrollados.

Más allá. Sy descubrió un montón de huesos humanos, que el sol de muchos días había calcinado hasta dejarlos completamente blancos. No era difícil deducir que aquel hombre muerto era uno de aquellos caníbales de los que le había hablado Dark.

«Quizá el último de ellos», pensó Sy, estremeciéndose.

Entristecido, volvió al automóvil y prosiguió la marcha hacia el sur. Las montañas de escombros fueron quedando atrás y el panorama cambió paulatinamente: ahora la mirada atónita de Sy contemplaba una dilatada pradera herbosa, limitada por unas colinas escalonadas hacia el lugar por donde se ponía el sol.

Detuvo el vehículo al llegar a la orilla de una ancha y tumultuosa corriente de agua. Sy jamás había visto nada semejante y se sentía pasmado de asombro, mirando los remolinos que formaba el agua turbia en el recodo del rio.

Un sentimiento de pánico le sobrecogió, pero el joven se impuso en seguida al pavor.

«Dark aseguró que este vehículo podía flotar sobre las aguas. Y Dark jamás mintió», se dijo, recobrando el ánimo.

Manejó los mandos y el anfibio sobre ligeras orugas penetró en la corriente y se desplazó, calmoso, sobre la superficie del río. El vehículo aumentó su velocidad, hendió con fuerza la rápida corriente y alcanzó finalmente la otra orilla.

Avanzó durante un rato a través del mar de hierba de la solitaria pradera, pero la luz del día huía y en seguida se hizo de noche.

Sy detuvo el automóvil. Rodeado por las tinieblas, se sintió nuevamente invadido por el pánico. Era una sensación muy desagradable y desoladora: Sy había imaginado que aquel disco brillante que cruzaba el firmamento brillaría sin cesar, señalándole el camino a seguir. Pero he aquí que el astro había desaparecido y con él se había esfumado la luz que embellecía esplendorosamente la superficie de la tierra.

Cercado por las sombras, Sy se sintió inerme y desvalido. Las lágrimas afloraron a sus ojos, produciéndole un vivo escozor.

—¡Padre, padre! —gimió, desalentado—. ¿Qué debo hacer ahora en medio de la Nada?

El viento sopló con fuerza, azotando violentamente las planchas del vehículo. Sy tornó a experimentar un escalofrío de miedo. Era el terror a lo desconocido.

Pero en el panel de instrumentos brillaba una tenue luz verdosa y Sy recordó las cápsulas que Dark le había entregado antes de morir. Tomó una de ellas y la insertó en un estrecho hueco del panel. Inmediatamente oyó la voz confortadora de Dark, que devolvía la calma a su ánimo.

—Nada tienes que temer, hijo. Aguarda. La luz del sol volverá. Y luego… deberás esforzarte en conocer el mundo que te rodea y entrar en simbiosis con él…

Antes de que la voz de Dark enmudeciera. Sy se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO IV

Una semana más tarde, Sy descubrió en lontananza los altos edificios de una ciudad. Para entonces, el hijo adoptivo de Dark se había adaptado perfectamente al ciclo día-noche. Se había familiarizado con las tinieblas nocturnas y descubierto que algunas noches se convertían en día gracias a la luz de aquel astro de la noche llamado Luna.

No temía a la lluvia ni al viento y comenzaba a dominar el mundo en que vivía. Sin embargo, se sentía muy solo. La necesidad de compañía humana subyacía en su espíritu de forma latente. Hasta entonces, Sy no había tenido oportunidad de entrar en contacto con ningún ser humano vivo. A pesar de lo cual, abrigaba la esperanza de que en algún lugar de aquel dilatado mundo existieran seres como él.

Tampoco había descubierto rastros de vida animal, excepto insectos, cuyas bandadas pululaban por doquier. El día anterior se había llevado un tremendo susto al ver surgir sobre la pradera una espesa nube de langostas. Los devastadores insectos ortópteros tenían la longitud de su mano extendida y se elevaban en densas oleadas que llegaban a tapar el sol. Las primeras avalanchas de langostas se alzaron de los arbustos que habían defoliado por completo, y se abatieron sobre el auto oruga como un huracán.

Sy se asustó al oír el estrépito que formaban sus cuerpos al chocar contra las planchas y cristales del vehículo. La masa que se abatía sobre éste era tan cerrada que Sy llegó a temer que destrozaran el automóvil. Pero los cristales eran resistentes y las planchas del blindaje muy sólidas y gruesas. Las langostas chocaban locamente contra el vehículo y quedaban aplastadas contra los cristales, hasta que la visión se nubló.

El fenómeno duró algo más de media hora. Al fin, la bandada de ortópteros se elevó en el aire y se alejó hacia el norte, formando una larga nube oscura.

Aquella noche llovió con fuerza y el agua de lluvia limpió los cristales y las planchas, de modo que a la mañana siguiente Sy pudo continuar su camino. Pero no pudo evitar un escalofrío de pánico al imaginar qué hubiera sido de él de no contar con la sólida protección del vehículo.

Y ahora, una semana después de abandonar la ciudad subterránea, Sy contemplaba, abstraído, los esbeltos edificios que se erguían en la distancia. A través de unos prismáticos, observó aquella ciudad.

Comprobó que los edificios aparecían indemnes. Nada revelaba que aquella hermosa ciudad situada en medio de la pradera hubiera sufrido ningún desastre. El más alto de los edificios se alzaba al cielo como una aguja de cristal. Más allá, a la derecha, se extendía un espeso y frondoso bosque. A la izquierda, granjas y casas de campo se desperdigaban por la campiña al fuerte sol del mediodia.

Sy experimentó una cálida sensación. Según los libros que Dark le había mostrado, en ciudades como aquélla se desarrollaba apaciblemente la vida humana antes de que surgiera la Gran Catástrofe, la apocalíptica calamidad.

En lo más profundo de su corazón, el joven deseó que el desastre no hubiera llegado hasta allí. Porque ello significaría, ni más ni menos, que la vida continuaba desarrollándose normalmente en aquella bella ciudad extendida al pie de las colinas boscosas, a la orilla de un río caudaloso.

Durante largos minutos, los ojos pardos de Sy escrutaron los edificios y avenidas a través del aparato óptico. Esperaba anhelante descubrir un indicio de vida, un movimiento, la silueta familiar de un ser humano. Pero sus esperanzas quedaron defraudadas: la ciudad aparecía inmóvil, solitaria, como dormida bajo el tórrido sol del mediodía. ¿Adónde habían ido sus habitantes?

Decidió avanzar con cautela. Puso el auto oruga en marcha y avanzó por una lisa autopista de asfalto. Cruzó luego el río por encima de un airoso puente de hormigón y avanzó por una ancha avenida arbolada.

Su primera impresión resultó certera: aquella hermosa ciudad aparecía intacta. Los erguidos edificios, los bajos *bungalows* y los parques estaban indemnes. Cierto que la maleza crecía desordenadamente en los jardines e incluso en las aceras de los barrios residenciales, pero no se advertía ruina ni destrucción por ninguna parte.

Sy lo miraba todo con avidez: las superficies lisas de las calles, los altos muros de bruñido cristal, los multicolores anuncios de las fachadas, las suntuosas entradas de los edificios...

Llegado al centro de la ciudad. Sy conectó el contador de radiactividad. El efecto era casi nulo: podía por tanto arriesgarse a descender del vehículo. Contemplaba desconcertado las desiertas calles y su mirada se fijó en aquella señal: PROHIBIDO APARCAR. ¿Dónde estaban los automóviles que aparecían por millares en los dibujos y fotografías de los libros de Dark? En aquella ciudad no se divisaba un solo vehículo.

«Quizá todos sus habitantes huyeron al anunciarse el cataclismo», reflexionó.

Avanzó, cauteloso, por la acera. Llevaba el fusil en la mano izquierda y un medidor Geiger en la derecha. El movimiento de la aguja señalaba que la actividad perniciosa era prácticamente inexistente.

Se detuvo ante la fachada de un bello edificio y leyó el rótulo en relieve sobre fondo cobrizo: SNACK BAR. La puerta, compuesta por dos láminas de grueso cristal transparente, estaba abierta de par en par. Sy se asomó y vio una larga barra de acero inoxidable, una anaquelería llena de botellas de tamaños y colores diversos, unos altos taburetes giratorios... Y por encima de todo, telarañas. El espacioso local estaba cruzado de telarañas que colgaban desde las lámparas y apliques del techo. Un insecto zumbó por encima de su cabeza y quedó atrapado en la polvorienta tela sutil. Inmediatamente, de algún lugar remoto, surgió una gruesa araña cenicienta que atrapó diestramente el tábano verdoso que se agitaba en la telaraña.

Una gruesa capa de polvo cubría el pavimento del bar. Había huellas. Huellas recientes de pies humanos, calzados con botas de suela de caucho. Sy se volvió hacia la calle de un respingo. Pero en el exterior la calma era absoluta.

«Alguien estuvo aquí, no hace muchos días», se dijo, inclinado sobre el suelo para estudiar las huellas. ¿Por qué experimentó entonces aquella intensa sensación de peligro? El local estaba vacío y la calle silenciosa. ¿De dónde podría provenir el peligro?

Sy avanzó hacia la barra, procurando que sus pies pisaran sobre las huellas marcadas en el polvo. Miró con precaución por encima del mostrador de acero inoxidable: nada, no halló nada preocupante. En el fregadero, unos cuantos vasos usados y varias botellas vacías.

Examinó detenidamente los estantes y muebles metálicos, a la

búsqueda de comida enlatada. Las provisiones que Dark había almacenado en un compartimiento del auto oruga tocaban ya a su fin. Sy era consciente de que debía reaprovisionarse antes de que el hambre le obligara a actuar a la desesperada… No encontró nada de comer en el bar, aunque los anaqueles estaban llenos a rebosar de bebidas alcohólicas.

Retrocedió a la calle sobre las huellas impresas en la espesa alfombra de polvo y subió al vehículo, que puso en marcha en seguida.

Quince minutos después se detenía ante la vitrificada fachada de un supermercado. El enorme rótulo azul que recorría toda la fachada se refería a alimentación. Las grandes puertas de acceso estaban abiertas de par en par y gruesos insectos entraban y salían con fuertes zumbidos.

Las espaciosas instalaciones del supermercado aparecían desiertas y… vacías de cualquier mercadería. Lo que atraía a los insectos no era sino los residuos que se amontonaban en los contenedores de basura.

Fue inútil que Sy se pasara el resto del día registrando tiendas, almacenes e incluso edificios de apartamentos o grupos de chalets de las zonas residenciales, pues no halló ni una brizna de alimento.

Al atardecer, fatigado y decepcionado, decidió retirarse a las afueras. Condujo el auto oruga hasta lo más espeso de un bosquecillo enmarañado, consumió una de las pocas raciones que aún le quedaban y se dejó caer pesadamente sobre la litera que le servía de lecho.

Se durmió en seguida. Al cabo de algún tiempo, Sy se alzó violentamente en el lecho al escuchar aquella horrísona explosión. A la luz pálida de la luna en cuarto menguante, escrutó los alrededores, desconcertado y ansioso.

Una nube rojiza se alzaba en el firmamento por encima de las siluetas de los airosos rascacielos, al otro lado de la ciudad. Permaneció unos minutos atento, contemplando, desorientado, la gran nube de polvo amarillento que ascendía hacia las alturas.

¿Qué había ocurrido, a qué se debía aquella estruendosa explosión que le había obligado a despertar, despavorido…?

Jadeó, vacilante. La curiosidad le impulsaba a indagar, pero su sentido del peligro le mantuvo inmóvil y expectante durante largos

minutos.

Tras la explosión, el silencio reinaba sobre la desierta ciudad. Pero al cabo, Sy pudo oír un rumor lejano, monocorde. Un ruido de motores.

«Motores igual a máquinas: máquinas igual a hombres», caviló.

Decidido a satisfacer su curiosidad, puso en marcha el auto oruga y lo condujo hacia el norte, allá donde se elevaba una gran nube de polvo amarillento. Cauteloso detuvo su gigantesco vehículo cuando vio surgir un potente destello luminoso por encima de los tejados de los bellos hoteles residenciales.

Sy aguardó un momento. El rumor que le había guiado hacia allí era ahora muy fuerte, horrísono. Debía tratarse de una máquina poderosa, dotada de un motor de gran potencia, a juzgar por su insoportable estrépito.

Tomó el fusil y descendió silencioso. Cruzó un jardín extenso, rodeó un lujoso edificio residencial y, oculto tras el grueso tronco de una palmera, atisbo.

Un enorme tractor removía un montón de escombros todavía humeantes. A la luz de los luminosos faros de la máquina. Sy vio al grupo de hombres que contemplaban las evoluciones del tractor.

Eran quince individuos, greñudos y barbudos, que vestían pantalones y cazadoras de cuero y calzaban botas altas. Sus ojos brillaban, llenos de codicia, hacia algo que Sy no podía ver.

Parecía claro que aquellos individuos acababan de volar un gran edificio con una potente carga de explosivos. Ahora, el mastodóntico tractor —el único vehículo automóvil que Sy había visto en aquella gran ciudad— se movía con fuerza en la hondonada, apartando toneladas y toneladas de escombros.

¿Qué buscaban aquellos salvajes individuos en los cimientos del edificio destruido?

Sy se tranquilizó al comprobar que ninguno de aquellos hombres portaba armas de fuego. Únicamente iban armados de cuchillos y bayonetas afiladas, que colgaban de sus cinturones.

Un grito hendió el aire y el tractor se detuvo bruscamente iluminando la hondonada con sus faros. Los hombres que rodeaban la máquina se abalanzaron hacia abajo, gritando salvajemente.

Sy les veía hacer, intrigado. ¿Qué buscaban?

Su curiosidad le impulsó a descender por la ladera herbosa y a

aproximarse hasta unos treinta metros del tractor. Los greñudos individuos vestidos íntegramente de cuero se precipitaron a un hueco en el piso, que sin duda había descubierto el tractor.

Los hombres tornaron a salir a los pocos minutos. Chillaban como animales y traían brazadas de cajas y bolsas que arrojaban en la colosal pala del tractor.

«¡Comida! —pensó Sy—. Eso era lo que buscaban y lo que han encontrado: comida. A juzgar por su salvaje satisfacción debían de estar hambrientos.»

En aquel momento Sy volvió a experimentar aquella intensa sensación de peligro. Su instinto de conservación le impulsaba a retroceder silenciosamente, a alejarse.

Pero también Sy necesitaba provisiones con urgencia. Y al parecer, existían en aquel subterráneo enormes cantidades de comida, pues los hombres iban y venían sin cesar, cargados con grandes bolsas de malla que arrojaban, jubilosos, a la pala del tractor.

Probablemente, aquellos extraños individuos se marcharían después de hacer su acopio de provisiones en conserva. Más tarde. Sy descendería hasta el sótano, tomaría cuanto necesitara y reemprendería su larga caminata hacia el sur.

Permanecía agachado tras un seto espinoso, contemplando la escena. Sus piernas se habían envarado y se movió para cambiar de postura. Su pie izquierdo se hundió en el agujero de una topera, perdió el equilibrio y cayó rodando violentamente por la pendiente.

Al fin, se detuvo al chocar contra un montón de escombros. Unos fieros rostros barbudos se inclinaron sobre él, unos ojos rojizos de nictálopes le escrutaban aviesamente, y un hombre con sucia barba rojiza se inclinó sobre él y apoyó el filo de su bayoneta sobre la garganta de Sy…

CAPÍTULO V

La sangre fluyó, tibia, desde el cuello hasta el pecho. Sy se mantuvo inmóvil. Sabía que toda resistencia resultaría inútil.

Aquel salvaje de barba y cabellos rojos apartó levemente el filo de acero de su garganta.

—¿Quién… tú? —gruñó. Su voz tenía un ronco acento animalesco.

No había rastro de humanidad en aquel rostro brutal.

—Yo, Sy —respondió el hijo adoptivo de Dark.

Sucedió una pausa. Quince hombres prehistóricos escrutaban al prisionero con ruda curiosidad.

—¿Dónde… venir… tú? —insistió el diablo rojo.

Al hablar. Sy contempló sus colmillos, increíblemente desarrollados.

«Caníbales —dedujo—, son caníbales.» Pero se esforzó en controlar su miedo.

El hombre de las greñas rojas se retiró un poco. Sy señaló hacia el norte.

—Vine de allí. Tengo hambre —pronunció.

Los ojos brillantes de aquellos hombres rudos parecían penetrar su cerebro. A la luz insoportable de los faros del tractor. Sy parpadeó, cegado.

—¿Tú… vehículo, automóvil? —preguntó el jefe del grupo con su lenguaje elemental.

Sy vaciló. ¿Debía responder con la verdad o… mentir?

La hoja de acero se apartó de su garganta ensangrentada y, súbitamente, le rasgó el pecho. El dolor fue tan vivo que Sy no pudo contener un chillido de dolor. Quiso ponerse en pie, pero la hoja de la bayoneta había vuelto a apoyarse en su cuello. Desistió.

—¿Tú… vehículo, automóvil? —volvió a preguntar el pelirrojo.

—Vine caminando —murmuró Sy, sintiendo el sabor de su propia sangre en los labios—. No tengo vehículo.

Pensó en su fusil, que se le había ido de entre las manos al caer rodando por la aguda pendiente. ¿Lo encontrarían? ¿Buscarían su auto oruga? De todas formas, a Sy le bastaba contemplar aquellos rostros brutales e inhumanos para comprender que no le quedaban

muchas esperanzas de sobrevivir.

El corpulento individuo de la barba roja volvió la mirada y dijo algo en un gruñido. Un hombre muy moreno, de facciones antropoides y pequeños ojos malignos, se inclinó sobre Sy y le ató rápidamente brazos y piernas con varios pedazos de alambre.

Después le tomaron en volandas y le arrojaron de cualquier modo sobre la pala del tractor, que unos minutos después se ponía en marcha y remontaba la montaña de escombros, en dirección al oeste, donde la pálida luna menguante iba a hundirse en el horizonte.

El pesado vehículo traqueteaba violentamente sobre el piso irregular, provocando oleadas de dolor en el cuerpo de Sy, que descansaba de bruces sobre una tonelada de alimentos enlatados. Sy sentía cómo la sangre seguía brotando del corte de su cuello y de la larga herida en sedal de su pecho.

«Me desangraré —pensó, estremecido—. Me desangraré antes... antes de que este maldito armatoste se detenga.»

El tractor debía avanzar ahora sobre un firme liso, pues su cabeceo era menos intenso. La luna se había ocultado y la noche se tornaba muy oscura. Sin embargo, los potentes faros del tractor iluminaban una ancha franja de campo abierto en medio de las espesas tinieblas. De pronto una nube negra nubló su visión y se desmayó. El enorme tractor siguió traqueteando, estrepitoso, hacia las colinas situadas al oeste.

* * *

El intenso escozor le devolvió a la consciencia.

Le pareció sentir que el acero estaba profundizando aún en su cuello, pero no había tal. Alguien, en la penumbra, estaba aplicándole una compresa en la herida próxima a la garganta. Se sentía tan débil que no se resistió, aunque volvía a experimentar la intensa repugnancia de la noche anterior.

Al fin, abrió los ojos y parpadeó, deslumbrado. El sol del amanecer penetraba en la gran caverna y sus rayos iluminaban hasta el último rincón del habitáculo troglodita.

Allá junto a la entrada de la cueva, los hombres salvajes vestidos de cuero abrían latas de conserva, cuyo contenido arrojaban, con

grandes risotadas guturales, a un gran perol de hierro, muy tiznado exteriormente.

Eran mucho más de quince hombres ahora.

Algunos individuos de largas barbas canosas y escasos cabellos que caían en guedejas sobre los rostros anhelantes contemplaban la escena a cierta distancia. Había muchos hombres ancianos, decrépitos, esqueléticos. También había mujeres, tan delgadas y cadavéricas que parecía milagroso que aún se mantuvieran en pie.

Otras mujeres más jóvenes, semidesnudas, abrían los grandes botes de conserva con la punta de sólidos cuchillos y entregaban las provisiones a los rudos individuos vestidos íntegramente de cuero, los cuales volcaban las dispares conservas en el perol entre grandes exclamaciones...

Sy contemplaba la escena con los ojos muy abiertos. Y, cosa extraña, en aquel momento no tuvo miedo. Sólo sintió hambre. Un hambre exasperante. Algo rozó su rostro manchado de sangre.

Sy alzó la mirada y vio a la mujer. Era joven, vigorosa y lozana, que vestía una especie de chándal rojo. Le estaba curando la herida del cuello, ajena por completo a la escena que se desarrollaba en el centro de la gran caverna.

Tenía facciones juveniles, muy atractivas. Sus cabellos rubios eran largos y ásperos, pero bajo el tejido de malla sus jóvenes senos se hinchaban poderosamente al compás de la respiración.

Sy experimentó un raro sentimiento erótico. Trató de alzar una mano y acariciar a aquella joven, pero no pudo hacerlo, porque los duros alambres le mantenían aún inerme y acorchado. ¿Por qué le cuidaba aquella mujer? Sin duda, ella formaba parte del abigarrado clan compuesto por ancianos, rudos hombres adultos, mujeres y... ningún niño.

Fue a pronunciar alguna palabra, pero en aquel momento sus ojos descubrieron el montón de huesos amontonados en una cárcava interior.

Huesos humanos.

Simultáneamente descubrió también que una anciana decrépita sorbía una especie de sopa en el cuenco formado por... un cráneo.

Se desmayó fulminantemente, sin exhalar un gemido, ni el más leve jadeo.

No vio cómo los hombres se abalanzaban sobre la heterogénea

pasta que contenía el perol, tomaban el alimento a grandes puñados que se llevaban groseramente a la boca, comían desaforadamente al tiempo que se golpeaban las espaldas rudamente y gruñían y reían como el más elemental de los seres prehistóricos.

No vio tampoco cómo aquellos individuos abandonaban la caverna, ni a los hombres y mujeres decrépitos arrojarse al perol para disputarse grotescamente las sobras.

Cuando volvió en sí, estaba solo. O eso pensó, al menos. Su mirada recorrió lentamente la caverna. Al otro extremo de la amplia cueva se amontonaban hasta setenta bidones metálicos, y entonces identificó el olor que impregnaba el ambiente: petróleo.

Todo estaba en silencio. El rayo de sol que le había deslumbrado aquella mañana penetraba ahora casi verticalmente en la gruta y teñía las paredes rocosas de un resplandor dorado que sus ojos podían soportar perfectamente.

En las numerosas oquedades de la cueva se amontonaban enseres de forma heterogénea: utensilios de cocina, pequeñas botellas de gas, fardos de ropas, herramientas, botellas vacías de licor...

En otro rincón de la caverna se amontonaba una gran cantidad de leña. Más allá se veía un hogar, donde aún humeaban los rescoldos de una hoguera. Volutas de humo azulado se elevaban hasta la alta bóveda y buscaban lentamente la salida a través de la boca de entrada de la cueva.

Sy jadeó, hinchó su pecho de aire con dolor y lo expulsó en un largo suspiro. Se sentía profundamente deprimido, tan débil como un niño.

—¡Dark, Dark! —murmuró desesperadamente, arrepentido de haber abandonado el seguro cobijo de la ciudad subterránea, donde se había criado, educado y crecido.

Desde que abandonara su refugio de hormigón a prueba de catástrofes, Sy había suspirado por encontrar compañía humana. La había encontrado al fin... y ahora se sentía profundamente decepcionado, al borde de la desesperación.

Oyó un rumor a su espalda. Al girar el cuello, Sy volvió a sentir el dolor punzante de la herida de su cuello.

Pero algo le obligó a olvidar el dolor: la mujer vestida de rojo que acudía a su lado. Era ella: aquella joven mujer rubia.

—¡Sy...! —dijo ella. Y se inclinó sobre el hombre.

El joven clavó en ella su mirada. Aquella mujer parecía tan atractiva, suave, ingenua y afectuosa... Sintió el impulso de abrazarla.

En el mundo subterráneo en el que había crecido, jamás había visto una mujer más bella.

Ella le estaba levantando el apósito que había puesto en la herida del cuello y observaba con atención.

—Sy —volvió a decir, con reverencia, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Adónde han ido tus... congéneres? —preguntó el hombre, sin disimular su acritud.

—¿Con...generes? —repitió ella, desconcertada.

—Tus compañeros. Esos seres que devoran a sus semejantes y gruñen como cerdos.

—¡Ah, los *míos!* —exclamó ella, cándidamente—. Todos a buscar hierbas, los viejos. Los otros... marcharon a Bukilah, altos edificios.

—¿Volvieron a la ciudad, a por comida?

—¡Comida! —asintió la joven, más animada.

El joven la observó en silencio. Luego inclinó la cabeza, como señalándose a sí mismo.

—Yo, Sy. ¿Tú...? —preguntó.

La mujer aplastó una mano contra los senos.

—¡Yo, Chally! —afirmó, jubilosa.

Sus dedos, aunque ásperos, depositaron suavemente el apósito sobre la herida del cuello de Sy, el cual alzó ambas manos atadas con duro alambre. La noche anterior le habían retorcido los alambres sobre muñecas y tobillos bestialmente, pero alguien se había cuidado de aflojar las ataduras, a pesar de lo cual Sy apenas sentía sus manos ni sus miradas: tan congestionados estaban.

—¡Suéltame! —exigió, seguro de que aquella joven le miraba con simpatía, por alguna razón que Sy no podía entrever.

La muchacha retrocedió vivamente.

—¡Noooo! —pronunció, asustada—. Korchnam prohibió. Yo obedezco.

—¿Korchnam? ¿El hombre de los cabellos rojos?

—Sí. El... jefe. Todos obedecen Korchnam —declaró Chally, con un leve temblor en la mandíbula.

Sy no insistió. Prefería no asustar a aquella joven, tan fácilmente

impresionable. Había visto en sus ojos el miedo.

—Chally, tengo hambre. Yo, Sy, tengo hambre —dijo al cabo de una pausa.

—¿Hambre? —Chally señalaba con un gesto expresivo su propia boca. Sy asintió.

La joven se puso en pie con gran agilidad. Era alta y esbelta, y caminaba con felina facilidad. Sy la vio alejarse hacia un extremo de la caverna y volver en seguida con un bote metálico entre las manos.

Inclinada sobre el prisionero, sacó el cuchillo de la funda que colgaba de su estrecha cintura e hincó la punta en el metal. Con un movimiento ágil de la muñeca, rajó la tapa y ofreció a Sy algo que acababa de pinchar con la punta del cuchillo.

Sy entreabrió los labios y paladeó el pedazo de melocotón en almíbar. Instantáneamente el instinto de conservación le volvió exigente y violento.

—¡Más, más, más! —pidió con voz estrangulada.

Divertida, ella fue ofreciéndole pedazos de fruta en conserva. Cuando en el bote no quedó otra cosa que el dulce zumo. Chally aproximó el bote a sus labios y Sy lo bebió todo con indescriptible ansiedad.

Nuevamente volvió a suplicar a la mujer que lo soltase, pero ella se negó, asustada, casi estremecida de pánico.

Sin proponérselo, la mirada de Sy fue a parar nuevamente al montón de restos humanos apilados en un hueco profundo de la caverna.

—¡Dime! —exigió—. ¿Qué piensan hacer conmigo los... tuyos?

Chally desvió la mirada. Luego se alzó con una ágil flexión de piernas y se separó de él, que la vio sentarse en el suelo.

Una voz grave y cascada resonó en algún sitio próximo.

—¿Quiere saber lo que le ocurrirá, muchacho? Yo se lo diré: le curarán con toda dedicación hasta que sus heridas sanen, le alimentarán adecuadamente durante uno o dos meses... Le atenderán como a un príncipe, le mimarán... Más tarde, cuando haya alcanzado los cien kilos de peso, le decapitarán y... se lo comerán. Eso es exactamente lo que va a ocurrirle, amigo mío.

Sy torció el cuello hacia adelante para ver a quien acababa de hablar. Un decrépito anciano de ojos azules, largos cabellos blancos, brazos esqueléticos y espalda corcovada le miraba fijamente desde la

entrada de la caverna.

CAPÍTULO VI

Fuera resonó el zumbido estrepitoso del tractor. Un momento después, el corpulento Korchnam y sus compañeros penetraban ruidosamente en la caverna.

Los hombres llegaban cargados con grandes sacos de malla de nilón, que arrojaban de cualquier forma a un rincón. Uno de los viejos avanzó paso a paso y se inclinó curiosamente sobre uno de los sacos, pero un hombretón de cabellos y barba rubiáceos le apartó de un violento empellón. El viejo chocó contra el muro pétreo, al tiempo que se oía un siniestro chasquido de huesos rotos. El pobre anciano cayó al suelo desmadejado y quedó quieto, como muerto. En seguida, el suelo de la caverna se manchó de rojo.

Sy lo contemplaba todo desde su rincón con un rictus de incredulidad. Su indignación era tan intensa que, aunque quiso gritar, ningún sonido brotó de su garganta.

Seguían entrando y saliendo los hombres ruidosamente, acarreando su carga de provisiones. Las mujeres más jóvenes, que habían llegado a la cueva un rato antes, encendían lumbre y arrojaban leños a la hoguera, con lo que pronto la caverna se llenó de un humo espeso y asfixiante, que obligó a toser a Sy. Sin embargo, los componentes del clan no experimentaban ninguna molestia y parecían sentirse a gusto en aquella atmósfera cargada e irrespirable.

Nuevamente se sucedió una escena semejante a la ocurrida aquella mañana. Las mujeres distribuyeron cuencos de caldo caliente entre los hombres, mientras otras —Chally entre ellas— abrían grandes botes de conserva que arrojaban en desconcertante mescolanza al perol que ocupaba el centro de la caverna.

Korchnam fue el primero en hundir sus manazas en la pasta alimenticia. Nadie podía disputarle aquel privilegio.

Después comieron los demás hombres, exhalando animalescos gruñidos de satisfacción. Las mujeres jóvenes se acercaron después al perol y, cuando apenas quedaron unos residuos, los más viejos.

Terminada la pitanza, dos hombres arrastraron el cadáver del anciano que se había desangrado lentamente en el suelo.

«¿Qué van a hacer con ese cadáver? —se preguntó—. ¿Le darán

sepultura o… lo descuartizarán para devorarlo?»

Korchnam dio un grito estrangulado y varios de sus hombres arrastraron un bidón de combustible hacia el exterior.

Todos los individuos del clan abandonaron la caverna y Sy quedó solo. Al momento, se oyeron unos chillidos desgarrados, capaces de helar la sangre en las venas a cualquier ser sensible.

Sy se asustó. Sin embargo, los chillidos iniciales se transformaron poco a poco en una suerte de salmodia fúnebre. Desde el exterior, llegó el olor penetrante del petróleo derramado. Transcurrieron largos minutos. La salmodia fúnebre se extinguió, reemplazada por el zumbido del motor del tractor que se alejó en seguida.

Una sombra apareció a contraluz en la boca de la cueva. Cuando avanzó unos pasos, Sy reconoció al anciano jorobado de las luengas barbas y los penetrantes ojos azules.

El viejo caminó renqueante y volvió junto al prisionero con una escudilla llena de carne en conserva, atún y melocotón en almíbar, todo mezclado.

—Aliméntese, amigo mío. Goce de la vida mientras pueda —dijo el anciano, mirándole fijamente.

Sy alzó sus manos atadas. El viejo se inclinó sobre él y utilizó sus dedos deformados por el reuma para desenrollar los alambres.

Mientras Sy se masajeaba suavemente las muñecas, preguntó sin alzar la mirada:

—¿Qué han hecho con ese anciano, al que uno de ellos mató de un golpe? ¿Lo han quemado?

—Sí. Es la costumbre del clan.

—¿Adónde han ido todos? ¿Quién es usted?

—Los hombres han vuelto a Bukilah, a por provisiones. Las mujeres recogen leña. Los viejos como yo sólo sirven para buscar hierbas comestibles…

—¿Quién es usted? —repitió, intrigado—. Una persona así parece fuera de lugar en un grupo de seres tan rudos y elementales como el clan de Korchnam. Usted se expresa correctamente en el idioma; los otros apenas saben balbucir unas palabras.

—Hace muchos años, yo era… el profesor Patrick Davis, de la Universidad de Harvard. A veces… llego a olvidarme de mi propia identidad. Tal vez sea la memoria, que me falla. O quizá algún remoto mecanismo que me fuerza a olvidar lo que una vez fui —

pronunció con voz fatigada.

Sy había devorado la pitanza en pocos minutos. Pensó que podía abatir a aquel anciano golpeándole con la escudilla, para después... huir rápidamente, tratar de volver a la ciudad, encontrar su fusil, subir al auto oruga estacionado en un callejón de Bukilah y... escapar hacia el sur como alma que lleva el diablo. Pero su buen corazón le impedía matar a un pobre anciano.

—*Sé* lo que está pensando, amigo mío —habló súbitamente el profesor Davis—. No quiere morir. Y le comprendo. Es aún muy joven, lleno de vida y de ardor. Pero aún no está en condiciones de caminar. Créame, apenas resistiría unos pocos minutos a pie. Sy. Sus heridas volverían a abrirse y... moriría desangrado.

Sy tragó saliva. El viejo se inclinó sobre él, le unió ambas manos y, con movimientos suaves, volvió a atárselas con el alambre.

—Korchnam me ha encargado que te alimente y te vigile. No se fía mucho de Chally, demasiado joven e impetuosa. O quizá Korchnam ha averiguado que Chally se ha enamorado de ti... Por otra parte, yo ya no sirvo ni siquiera para buscar hierbas silvestres. Sé que mi hora está próxima. Cualquier día moriré.

—Usted parece un hombre sabio y prudente. ¿Por qué, entonces, se ha plegado a vivir con estos seres animalescos, verdaderas fieras salvajes, hombres y mujeres degenerados que se alimentan de carne humana? —planteó, rabioso.

—Les juzgas con excesiva dureza, muchacho. Ellos sólo obedecen al instinto, que les ordena sobrevivir. Hubo un tiempo en que disponíamos de un refugio sólido, dotado de comodidades y de abundantes provisiones. Pero eso fue hace muchos años. Los alimentos se terminaron y luego...

—¡No tienen ninguna disculpa! Yo mismo preferiría morir antes que devorar a un ser humano. Tal conducta sólo es propia de las fieras, de los animales, quizá de los más salvajes y elementales hombres prehistóricos —protestó con vehemencia.

—Sí, tienes razón. En cierto modo, hemos retornado a la Prehistoria. Pero después del Gran Cataclismo, las condiciones eran adversas para la vida humana y reaccionamos como animales. Nos deshumanizamos y sólo obedecemos a los instintos.

—Sin embargo, usted, profesor Davis, no parece uno de ellos. ¿Quiere hacerme creer que también es un caníbal como ellos? —le

desafió.

—He sobrevivido, eso es todo —respondió el anciano profesor—. Sólo puedo decir en mi descargo que he evitado en lo posible ingerir carne humana. Pero tú, Sy, no pareces entender la terrible agonía que supone el hambre. Durante largos años, ni siquiera dispusimos de hierbas y frutos silvestres. La desolación era total y muchos de los nuestros morían.

Entonces...

—¡Calle! Por un momento, abrigué la esperanza de encontrar en usted a un ser humano, pero ahora comprendo que...

—¿De dónde viniste tú, hijo, que no has sufrido en tus carnes los rigores de la abominación? —habló suavemente—. ¿Quién te protegió, en qué lugar hallaste refugio hasta ahora? Pues es obvio que no te has endurecido lo suficiente para sobrevivir.

Sy le habló de la ciudad subterránea en la que había transcurrido su infancia y su adolescencia. Describió a Dark, su padre adoptivo, y a las personas que con él habían convivido durante largos años.

—Lo suponía. Dark te protegió hasta el momento de su muerte. Pero ahora tienes que enfrentarte a un mundo cruel. A fin de cuentas, Korchnam y todos los demás son seres como tú. La única diferencia es que tú has gozado de una existencia amable y nosotros hemos tenido que enfrentarnos a todas las calamidades imaginables.

—¡No me convencerá, profesor Davis! Según lo que mi padre me enseñó, la especie humana observa el instinto de protección a sus hijos más débiles y desvalidos. Pero ustedes...

—Comprendo que la mayoría de nosotros se ha deshumanizado, que hemos vuelto a nuestro origen animal. Sí, es cierto: los más rudos hombres del clan han adquirido caracteres faciales animalescos. Pero no hemos regresado al último estado de salvajismo. Te equivocas al suponer que nosotros devoramos a nuestros hijos.

—¿Cómo puedo creerle, cuando sólo tengo que girar la cabeza para contemplar una enorme pila de huesos humanos? —bramó, descompuesto.

—A pesar de ello, debes creerme, hijo. Si no ves niños en nuestro clan, ello se debe a que nuestras mujeres... se han vuelto estériles. ¿Puedes entender la angustia de estos hombres y mujeres jóvenes? ¡Ello serán los últimos individuos de su estirpe!

—¿Dice que… las mujeres se han vuelto estériles? —murmuró, fuertemente impresionado.

—Tal vez sean los hombres los que no pueden engendrar. O quizá ambos, hombres y mujeres. En cualquier forma, el resultado es el mismo: estremecedor.

Atardecía lentamente.

—Para mí, ha resultado muy difícil llegar hasta aquí, hijo —habló luego el profesor Davis—. Voy a cumplir noventa y cuatro años, y mi cuerpo se encuentra tan abatido como mi espíritu. Confieso que muchas veces sentí la tentación de terminar con mi vida. Pero hubiera sido una cobardía. He tratado de influir en este grupo y he conseguido evitar la degeneración gracias a la meditación y a la memoria. Yo viví largos años en un mundo que, si no feliz, era por lo menos tolerable. Cuando surgió la catástrofe comprendí lo que era sentir angustia, hambre y miseria. Perdí a casi todos los míos y el desfallecimiento se apoderó de mí. Sin embargo, conseguí superar los peores momentos y seguí adelante. Me repugna la barbarie, la violencia, el canibalismo… Pero puedo entender que a veces el hombre se ve sometido a presiones contra las que es imposible rebelarse.

—Usted dijo que los hombres de su clan tienen el proyecto de engordarme para devorarme después. Pero yo no puedo creer tal cosa. Ellos han encontrado un buen filón, un depósito de víveres oculto. Disponen de comida suficiente para muchos días. ¿Por qué habrían de…?

—La carne es para ellos un manjar insustituible y más… si es hombre. Cuando yo era joven, se decía que los tigres más peligrosos son aquellos que han probado una vez la carne humana. Pues bien: ellos se han convertido en tigres.

Hasta el último momento, Sy había creído que todo era una broma de mal gusto. Había oído hablar de los caníbales a Dark.

Ahora, oyendo la voz monótona y carente de emoción del profesor Davis, Sy supo que era verdad: pensaban devorarle.

—Lo harán, en efecto —añadió el anciano, con un gesto fatalista —. Conozco bien al jefe Korchnam. Es mi hijo.

CAPÍTULO VII

Cuando en la caverna sólo quedaban los ancianos, Chally solía acercarse al lugar donde permanecía el prisionero.

A Sy le habían liberado de los alambres, pero habían sujetado sólidas cadenas a sus tobillos, ancladas con remaches. Las cadenas le permitían alejarse unos pocos pasos del lugar que le habían asignado.

Aquella tarde. Chally se arrodilló junto a Sy, tendido sobre un áspero camastro, y le ofreció un bote de peras en conserva.

Sy rechazó la golosina con un ademán violento.

—¡Llévate eso! ¿Para qué quiero comer? Cuanto más engorde, más pronto me sacrificarán tus congéneres —gruñó.

Sy pensó que para aquellos miserables seres, todo consistía en comer, beber y aparearse en la oscuridad como animales. Por la noche, en las tinieblas, Sy podía escuchar el jadeo salvaje de los hombres y algún que otro grito entrecortado de las mujeres, que más parecían ser violadas que objeto de un refinado culto erótico.

Había un individuo obeso y corpulento llamado Bood que acarreaba cada tarde un saquito lleno de caracoles y babosas... que masticaba a puñados sin molestarse siquiera en cocerlos. Un tipo alto, delgado y nervudo, se complacía en abrir los botes de conservas hallados en Bukilah... de una única y tremenda dentellada.

Los únicos que adoptaron una actitud más *normal* y pacífica eran los ancianos de ambos sexos. Aherrojados y discriminados, se alimentaban principalmente de las hierbas y frutos que recogían en la pradera. Cualquiera de los ancianos, incluso en su patente decrepitud, ofrecía un aspecto más digno que los fornidos y salvajes adultos.

En la quietud de la noche los viejos achacosos se quejaban entre dientes, mientras los machos prepotentes poseían brutalmente a las mujeres más jóvenes. Todo era denigrante, oscuro y miserable. En ocasiones, Sy sentía deseos imperiosos de poner fin a su vida. Pero ¿cómo? No tenía al alcance de la mano un cuchillo con el que degollarse de un furioso tajo.

Estos morbosos pensamientos le suscitaron una idea. Hasta entonces había rechazado a Chally, aunque había algo en aquella

joven vital que le atraía. La repulsión que sentía hacia ella estaba motivada por la seguridad de que también ella había practicado el canibalismo. Pero, ¿no sería más inteligente conquistar su confianza?

En una de las numerosas oquedades de la gran caverna, el clan de Korchnam almacenaba una gran cantidad de herramientas a cual más dispares: desde picos y azadas, hasta llaves inglesas, sierras y limas, aunque Sy no recordaba haber visto utilizar aquellas herramientas a ninguno de los individuos. Lo más probable es que hubieran olvidado, con el paso de los años, el uso de aquellas herramientas. Si lograse convencer a Chally para que le entregara subrepticiamente una de las limas de acero... Sy estaba seguro de poder cortar disimuladamente sus grilletes durante sus ratos de soledad.

En cuanto al profesor Davis, le había parecido detectar un sentimiento de simpatía hacia él, pero Sy aún no estaba convencido de poder contar con su ayuda para la fuga. Decidió, pues, dedicarse enteramente a la muchacha de los ásperos cabellos rubios. Por desgracia, durante varios días. Chally no se acercó a su camastro. Debía sentirse dolida aún por el anterior rechazo del prisionero.

Luego, una tarde la vio aparecer en la caverna llevando un haz de leña demasiado pesado para sus fuerzas.

—No debes esforzarte tanto. Chally. El trabajo excesivo estropeará tus manos y alejará tu belleza.

Ella dejó la leña en el montón situado junto a la hoguera y se volvió hacia el prisionero.

—¿Yo, bella? —murmuró, anhelante.

—Sí, eres atractiva. Lástima que tengas que vivir en este ambiente deshumanizado —respondió Sy.

Chally se turbó. Luego, tímidamente, se arrodilló junto al prisionero y le acarició las facciones, cubiertas ya por una áspera barba de casi veinte días.

Permaneció allí, mirándole con sus grandes ojos muy abiertos, en actitud de profunda emoción. Al cabo. Chally se puso de pie de un salto y corrió hacia la boca de la cueva.

—¡Espera! —gritó Sy, desconcertado—. ¿Adónde vas?

—Yo lavar —respondió la joven, alborozada—. Todo cuerpo, agua y jabón.

Y se marchó a la carrera.

Al anochecer, la vio de nuevo, cuando los hombres y mujeres del clan de Korchnam bullían estrepitosamente alrededor del perol de la pitanza. Era obvio que Chally se había dado un baño completo, porque exhalaba una grata fragancia y sus largos cabellos tenían un brillo nuevo. Ella había cambiado también su ajado chándal rojo de tejido elástico por una especie de túnica celeste bajo la que se adivinaban, sueltos, sus redondos y juveniles senos.

Sus miradas se encontraron un instante y Sy experimentó un intenso sentimiento placentero. Pero Chally desvió la mirada y fue a recostarse en un rincón de la caverna. Aquella noche, los hombres del clan se emborracharon después de la cena. Habían traído en su tractor varias docenas de botellas de licor —traídas probablemente del bar que Sy había inspeccionado— y bebieron hasta hartarse, en medio de bromas obscenas y salvajes carcajadas.

Por fin, todos fueron retirándose a sus camastros. En la oscuridad. Sy oyó los acostumbrados jadeos nocturnos durante media hora. Después, todo quedó en silencio. El mismo se había adormilado, cuando escuchó un roce quedo muy próximo. Alarmado, se incorporó de un brinco, haciendo sonar sus cadenas.

Pero la voz que resonó muy cerca le tranquilizó.

—Yo, Chally —susurró la joven en la oscuridad. Y sus manos palparon el cuerpo del prisionero.

Ahora hasta la nariz de Sy llegó el tenue aroma a jabón de tocador que exhalaba el cuerpo de la joven.

—¿Qué te propones, Chally? —murmuró—. Es muy tarde. Si te descubrieran...

No obtuvo respuesta. Sólo oyó el roce de las ropas de Chally, que acababa de acostarse a su costado derecho.

Ella le acarició el rostro y el pecho. Su aliento rozó la frente del prisionero.

—Ahora, yo, bella y limpia. Para ti —musitó Chally a su oído.

Era una invitación inequívoca. Instintivamente, Sy la abrazó, estremecido de ansiedad, y descubrió que Chally estaba completamente desnuda bajo la túnica celeste.

Su cuerpo era de una perfección casi sobrehumana. Las manos de Sy acariciaron, avariciosas, unas rodillas redondas y suaves al tacto, un vientre liso, unos senos duros y turgentes... Aquella noche, la piel de Chally exhalaba un leve aroma a hierbas silvestres. Enardecido,

siguió acariciándola. Ella se había despojado de su túnica y gemía débilmente, complacida.

Se amaron durante toda la noche, placenteramente, hasta quedar exhaustos. Sy se durmió después del éxtasis. Al amanecer, el lugar que Chally había ocupado en su camastro estaba vacío, pero poco después de que los hombres encendieran la fogata y la caverna se llenase de humo, Chally apareció entre las volutas de humo y le dirigió una sonrisa radiante.

No volvió a verla hasta el atardecer. Chally se había adelantado a las demás mujeres para tener un momento de intimidad con el prisionero. Cuando se arrojó a sus pies, y le acarició, el profesor Davis les miró desde un rincón y movió la cabeza en muda señal de asentimiento y complacencia.

—¡Sy, Sy! —murmuraba ella, estremecida de gozo—. Yo amar *tú. Todo. Yo* amar.

El prisionero la tomó por las mejillas y le alzó el rostro.

—¿Es verdad que me amas? En tal caso, no estarás de acuerdo con Korchnam y los demás en que me sacrifiquen para darse un festín. No podemos engañarnos, Chally, ambos sabemos que estoy destinado a morir. Muy pronto.

La sonrisa radiante se borró del bello rostro de Chally. Incluso unas limpias lágrimas se desprendieron de sus ojos y resbalaron hasta el pecho del hombre.

—Si es verdad me amas, debes estar dispuesta a ayudarme —dijo Sy.

—¿Qué hacer yo, Chally? —murmuró ella, temerosa.

—Es muy fácil. Sólo tienes que entregarme una de esas herramientas. Cortaré mis grilletes con el acero y escaparé.

Chally retrocedió súbitamente. En sus ojos se reflejaba el pánico.

Evidentemente, aquella mujer temía a Korchnam como al mismo diablo.

—Ya veo —dijo Sy, decepcionado—. Tu amor no es tan poderoso como crees. Es mayor el temor que Korchnam te inspira.

Ella permanecía en pie a unos pasos de distancia, vacilante y temblorosa.

Renqueando, se acercó el profesor Davis. Sy vio lo que el anciano traía en sus manos: una fina lima cortafríos.

—Entrégasela, Chally —dijo el viejo, poniendo la herramienta en

manos de la joven—. Si amas a este hombre, debes correr cualquier riesgo por él.

Ella vaciló. El temor era aún poderoso. Luego, impulsivamente, se inclinó y puso la herramienta en manos de Sy. A continuación, exhaló un gritito estrangulado y huyó, aterrada.

El prisionero cambió una intensa mirada con el anciano.

Luego se incorporó súbitamente, y atacó con el borde de la lima el remache que sujetaba uno de sus grilletes. Aún estaba fervientemente dedicado a aquella tarea, cuando comenzaron a llegar los ancianos con sus exiguos manojos de hierbas. Prudentemente. Sy ocultó la lima bajo su jergón.

Poco después se oyó el zumbido del tractor, seguido del griterío salvaje de los hombres, que descendían del poderoso vehículo.

Entre los hombres del clan de Korchnam apareció súbitamente el corpulento y ventrudo Bood, el bestial individuo que solía comer babosas, cangrejos, caracoles y lombrices vivos. Bood llevaba colgado a la espalda un saco de cuero. Cuando todas las miradas convergieron en él. Bood descolgó su saco, lo invirtió y lo vació en el suelo.

Sy se encogió de un brinco al contemplar el amasijo de serpientes de cascabel que se desenroscaban en el suelo. Los ofidios agitaron violentamente sus crótalos y reptaron lateralmente en todas direcciones.

En medio de un gran jolgorio y divertidos al comprobar el terror de que hacía muestras el prisionero, los hombres persiguieron a las serpientes y aplastaron sus cabezas a pisotones. En menos de treinta segundos, todas las serpientes estaban muertas, destrozadas.

Es decir, no todas. Uno de los ofidios se había acercado despacio al camastro que ocupaba Sy. Todos observaron, brillantes los ojos, al prisionero, aguardando su reacción. En el silencio, resonó dramáticamente el sonido de los huesecillos del crótalo de la serpiente.

Sy se había encogido sobre sí mismo, hasta que su espalda entró en contacto con el muro pétreo. Y allí, inerme, contempló hipnotizado el avance del reptil, que se disponía a atacar rabiosamente.

«Son unos sádicos, desprovistos de cualquier sentimiento humano —pensó, experimentando un intenso escalofrío—. Ahora que estaba a

un paso de la libertad, ¿he de morir por efecto de la mordedura de una serpiente venenosa?»

El reptil se encontraba a un palmo de distancia. Erguía, irritada, su cabeza, y la luz de las llamas se reflejaba en sus ojos, asemejándolos a tallados zafiros. Súbitamente. Sy se movió. Su mano derecha, rapidísima, aferró a la serpiente por el cuello. Había sido una decisión intuitiva, casi independiente de su voluntad.

El grueso cuerpo cilíndrico se enroscó fuertemente a su brazo, pero Sy golpeó la cabeza de la serpiente contra el muro hasta convertirla en una pulpa sanguinolenta.

Luego arrojó lejos de sí el cuerpo aún reptante, con repugnancia.

Korchnam y sus hombres prorrumpieron en un salvaje griterío de admiración. Pero aquella manifestación espontánea apenas duró unos segundos. En seguida, los hombres reunieron los cuerpos de las serpientes, las destriparon y despellejaron, las dividieron en porciones y, rociando éstas con sal gruesa y roja paprika, las engulleron con exageradas muestras de placer. Crudas.

CAPÍTULO VIII

El fuego aún humeaba en la oquedad que servía de hogar. Unas ascuas encendidas daban un resplandor rojizo a la bóveda de la caverna. Sy no dormía todavía, aunque hacía largas horas que hombres y mujeres se habían retirado a descansar. El silencio era absoluto.

Sy se sentía inquieto. Llevaba dos semanas dedicado a la tarea de librarse de sus grilletes, pero el trabajo no prosperaba tanto como hubiera deseado. Ello se debía a que el tiempo se había tornado desapacible bruscamente: soplaba un fuerte viento y llovía durante días enteros, por lo que Korchnam y las gentes de su clan permanecían la mayor parte del día en el refugio de la caverna.

Sin embargo, la inquietud del prisionero tenía otro motivo. Hacía muchos días que los hombres no volvían con sus sacos llenos de provisiones en conserva. Al parecer, el depósito de Bukilah se había agotado. Aquella gente, particularmente los hombres, devoraban diariamente ingentes cantidades de alimentos y las reservas se iban agotando paulatinamente. También a Sy le habían disminuido su ración diaria de alimentos. Todo ello le inducía a temer que su fin estaba próximo. Y los remaches de sus grilletes aún estaban a medio cortar.

Aquella noche sintió la tentación de empuñar la lima hasta rematar su tarea. Pero el chirrido de la herramienta le disuadió en seguida. Por eso permaneció en vela, meditando arduamente sobre sus posibilidades de sobrevivir. Incluso llegó a cavilar si valía la pena seguir esforzándose por vivir en un mundo tan inhóspito y cruel.

De repente, escuchó un rumor leve. Taladró las tinieblas con sus ojos, pero no puedo advertir nada, pues las brasas se habían extinguido lentamente.

De pronto, una mano fría le rozó y Sy se agitó en un respingo.

—Calma, amigo mío. Soy yo —dijo el anciano profesor—. He venido a prevenirte. Debes marcharte. Ahora mismo. Todos están muy excitados por la llegada del invierno. Sé que Korchnam ha decidido sacrificarte al amanecer. Para ellos, será una fiesta, una especie de rito primitivo, que concluirá con...

—Ya sé en qué terminará todo. Pero ¿cómo puedo escapar? Aún

no he conseguido desembarazarme de mis grilletes.

—No temas. Lo conseguirás con esto —susurró el profesor.

Un objeto más frío que las heladas manos del anciano rozó su brazo. Sy tanteó en las tinieblas y palpó el contorno de una gran cizalla de acero. Evidentemente, con aquella herramienta le sería fácil terminar de cortar los remaches. Desde luego, la herramienta produciría un crujido chirriante al cortar, pero ¿no valía la pena exponerse? Por otra parte, los elementos más activos del clan dormían pesadamente toda la noche, sin escuchar los *ayes* de los ancianos achacosos, que solían quejarse a menudo durante la noche.

—Quiero que lleves contigo a Chally —exigió el profesor, cuando ya Sy tanteaba los grilletes de sus tobillos en la oscuridad—. Ella no es como las demás mujeres. Se ha mantenido pura e ingenua en medio de esta barbarie. ¿Me prometes que la llevarás contigo, hijo?

—No es necesario que le haga la promesa, profesor. Ya había pensado llevarme a Chally. Ella no merece vivir en este clan de trogloditas. Y, por cierto, también me gustaría que usted nos acompañara. No se trata de simple afecto, profesor: usted es un verdadero sabio y su ayuda resultaría inestimable para nosotros.

—Agradezco ese gesto, hijo mío, pero no puedo aceptar. Para bien o para mal, yo pertenezco a esta tribu. Por otra parte, no viviría mucho tiempo en vuestra compañía, pues mi final está próximo —susurró.

—¿Por qué es tan terco? Usted no puede ya influir en el clan. Por otra parte, no debe engañarse: aunque Korchnam sea su hijo natural, ese hombre rupestre no le guarda ningún sentimiento afectivo, según he podido comprobar. Si Korchnam sospechara que usted me ha prestado ayuda, estoy seguro de que le castigaría con la muerte.

—Lo sé, pero no temo a la muerte. Puedes estar seguro, hijo, de que he vivido más de lo deseable. ¿Crees que es agradable para mí observar cómo este grupo se va degradando día a día? Por eso he puesto toda mi fe y mi esperanza en ti, en Chally. Podéis formar una pareja *verdaderamente* humana, progresar y multiplicaros. Te pido encarecidamente que no te abandones a la barbarie, hijo mío, y que observes siempre los preceptos de la condición humana. Te aconsejo que lleves a Chally hacia el sur. La parte meridional del continente resultó menos afectada por la Gran Catástrofe. Es muy probable que encontréis valles escondidos feraces, a donde no llegó la mortal

contaminación. Vivid allí en paz, amaos y multiplicaos. Voy a avisar a Chally. Pero antes debo prevenirte, hijo: tendréis que huir en el tractor.

—¿Por qué? El zumbido del vehículo podría despertar a Korchnam y los suyos.

—Es tarde. Dentro de una hora amanecerá. Y entonces... No pierdas el tiempo, Sy. Existe una distancia considerable hasta Bukilah, que os resultaría muy penosa cubrir a pie... De alguna forma, intuyo que tú llegaste hasta la ciudad en un vehículo, ¿me equivoco?

—No. Vine en un gran auto oruga. Posee autonomía para recorrer largas distancias —confesó el prisionero.

—Por tanto, es preciso que lleguéis a Bukilah antes de que Korchnam y los suyos os dan alcance. Toma pues, a Chally y huye.

—Me gustaría insistir en que nos acompañase, profesor, pero sé que su determinación de quedarse es irrevocable. Sólo me queda agradecerle cuanto ha hecho por mí —pronunció con voz enronquecida.

El viejo le abrazó, tembloroso. Y se separó bruscamente.

—Id. Antes solíamos decir: que Dios te bendiga. Y eso es lo que deseo para vosotros dos. Estoy seguro de que aún quedan esperanzas para la raza humana —concluyó alejándose.

Sobreponiéndose a su íntima emoción. Sy empuñó la cizalla, tanteó sus grilletes y apretó con todas sus fuerzas. Se oyó un leve crujido metálico y Sy apartó el grillete. En seguida hizo lo mismo con el aro de acero que apresaba su tobillo izquierdo.

Suspiró al sentirse libre. Estaba masajeando sus encallecidos tobillos, cuando sintió cerca de sí la presencia de Chally. En silencio se abrazaron y acariciaron cálidamente. No pronunciaron una sola palabra. Sy tomó a la joven por la mano y ambos se deslizaron silenciosos fuera de la caverna.

El profesor Davis no se había equivocado. Allá hacia oriente se adivinaba ya un levísimo resplandor lívido: amanecería dentro de una hora aproximadamente. Sy, compenetrado con las máquinas desde su niñez, tanteó el panel de instrumentos, situó al tacto los diferentes controles y finalmente el motor empezó a roncar.

Los potentes faros iluminaron la pendiente que discurría entre frondosos bosques de coníferas. Sy no conocía exactamente la

dirección de la ciudad, pero había contemplado los bosques cuando mes y medio atrás, se dirigía a Bukilah. Intuía que la ciudad se encontraba hacia el nordeste, y hacia allá condujo el mastodóntico tractor.

Quince minutos después encontró una carretera salpicada de arbustos y hierbajos, y la enfiló a toda velocidad que daba de sí el vehículo. Poco a poco, aumentó la luminosidad de la aurora. Sy apagó los faros. Era una precaución sensata puesto que la luz del tractor serviría de orientación a los hombres del clan Korchnam.... en el caso de que el estrépito del vehículo les hubiera arrancado del sueño.

Chally se aferraba a él, trémula, entre amorosa y aterrada. De cuando en cuando la joven se volvía en el asiento y escrutaba, anhelante, el tramo de áspera carretera que iba quedando atrás.

De repente. Sy se sintió deslumbrado. Al principio, no tuvo noción alguna de la fuente de aquel cegador rayo de luz que le obligaba a entornar los párpados, pero en seguida descubrió el motivo: unos faros potentes se reflejaban en el panorámico espejo retrovisor de la cabina.

—¿Por qué no me avisaste? —gritó, colérico—. ¡Ellos tienen otro vehículo!

—¿Vehículo, otro vehículo? ¡Yo no sé, otro vehículo! —respondió compungida.

—Perdona. Tú no lo sabías. Korchnam es inteligente, a su manera. Probablemente ocultaba otro vehículo de reserva en alguna cueva próxima... No temas, si creen que van a capturarnos, están equivocados. ¡Ellos no saben lo que yo puedo hacer con una máquina como ésta!

Amanecía progresivamente. A juzgar por la intensidad de la luz, que bañaba la cabina, el vehículo que les perseguía era muy veloz, probablemente un todo terreno con motor muy potente y una adecuada caja de cambios.

Sy escrutó el tramo de carretera que tenía por delante. Divisó una cerrada curva a la derecha y advirtió que el vehículo perseguidor se acercaba raudamente. Al llegar a la curva. Sy torció bruscamente el volante a la izquierda y frenó instantáneamente, al tiempo que encendía los faros.

El tractor giró sobre sus enormes ruedas traseras y quedó

encarado en sentido inverso. Las luces del tractor eran muy largas y potentes. Sy estaba seguro de deslumbrar a sus perseguidores. Era un gran jeep. Estaba más cerca de lo que Sy podía imaginar. Repentinamente, el coche, deslumbrado el conductor, se precipitó ciegamente contra el tractor.

Sy apenas tuvo tiempo de desviarse a la derecha antes de que el jeep chocase lateralmente contra el tractor. Se oyó un crujido estridente y el jeep rebotó y salió disparado hacia la oscuridad.

En el momento en que Sy frenaba a fondo, se oyó una fuerte explosión, seguida de una llamarada que iluminó fulgurante y brevemente el declive. El jeep, convertido en una gigantesca bola de fuego, rodó por la abrupta pendiente, derramando fuego por doquier, hasta que la chatarra ardiente chocó contra el lindero del bosque. Inmediatamente, los añosos pinos comenzaron a arder como una tea.

Chally suspiró, aterrada. Se asía con tanta fuerza al brazo derecho del hombre, que Sy se vio obligado a rechazarla con energía, pues apenas le permitía maniobrar. Estaba girando el volante para dar la vuelta en la angosta carretera, cuando otros faros surgieron en la distante curva.

Sy se detuvo, fascinado, incapaz de reaccionar. No era un solo vehículo, eran otros cuatro los que se acercaban a toda velocidad. Imponiéndose a su íntimo desconcierto. Sy giró el volante al máximo y embragó y aceleró simultáneamente. Tomó la próxima curva sobre dos ruedas, pero el tractor volvió a recuperar el equilibrio unos metros más allá.

—Ahora no importa ya que puedan ver nuestras luces. Sólo se trata de llegar a Bukilah cuanto antes. Dudo mucho que se atrevan a embestir a esta máquina. Sea como sea, no nos atraparán.

Aceleró a fondo, incluso a riesgo de despeñarse en las cerradas curvas. Los cuatro vehículos que les perseguían les dieron alcance a los pocos minutos. Atrás se oyó un escalofriante chirrido metálico, pero el pesado tractor no se conmovió.

Una maciza herramienta rodaba por el piso de la cabina, dificultando los frecuentes pedalazos de Sy. Cuando el tractor rodó por una larga recta —próxima ya la campiña—, el hombre se inclinó repentinamente, y agarró la pesada llave inglesa, que dejó a su lado en el asiento.

Fulminantemente, el cristal estalló en mil fragmentos, que

cubrieron los cabellos y las espaldas del hombre y la mujer que viajaban en el tractor. Sy se volvió sin apartar sus manos del ancho volante y contempló el rostro brutal de aquel salvaje que había saltado de un jeep a la parte posterior del tractor. El instrumento con el que había destrozado el cristal estaba aún en su mano: un pesado machete de afiladísima aguja.

El acero trazó una línea fulgurante a la altura del cuello de Sy, que apenas tuvo tiempo de inclinarse hacia adelante para evitar ser degollado. De todas formas, el filo rozó su occipucio y le arrancó limpiamente un fragmento de cabellos y cuero cabelludo.

Sy no esperó el segundo golpe. Abandonando el volante, atenazó la pesada llave inglesa con ambas manos y la estampó con todas sus fuerzas en el rostro animalesco de su perseguidor. Su sangre salpicó abundantemente el arco del cristal de la cabina, pero su grito póstumo quedó estrangulado en la garganta cuando los vehículos que seguían al tractor le aplastaron sobre el irregular firme de la carretera.

Sy sentía la sangre tibia resbalar por su cuello, empapando su traje integral a la altura de la espalda. Incluso así, enderezó de un manotazo la dirección de las ruedas anteriores del tractor, y gritó a la mujer:

—¡Chally! ¡Vigila ese hueco, toma en tus manos la herramienta y ábrele la cabeza a cualquiera que se atreva a llegar hasta aquí!

Chally vaciló. Pero el hombre puso en sus manos la llave inglesa y la desplazó del asiento de un tirón enérgico.

Atento a la conducción. Sy añadió:

—Chally, compréndelo: son sus vidas o las nuestras. Yo no quiero matarlos, pero ellos *si quieren.* Son seres primitivos, vengativos y crueles. Debes defenderte y defenderme, si queremos sobrevivir. Golpéales sin piedad. ¡Golpéales!

—¡Yo golpeo, yo defiendo! —respondió la joven de los cabellos rubios, aferrando crispadamente la herramienta.

Corrían ahora a través de la campiña. Allá a lo lejos, las luces del alba teñían de rojo las cúpulas de los altos edificios de Bukilah. Sy había seguido el camino correcto. La carretera era más ancha ahora. Súbitamente, Sy apagó los faros y comprobó que las luces de los otros coches surgían, aún potentes, por el lado izquierdo de la carretera.

Sy aguardó, tenso. El tractor rodaba a velocidad moderada por la larga recta, pero en la distancia. Sy vislumbró un puente sobre el río.

Controló sus nervios y se esforzó en mantener el tractor en el centro de la carretera para evitar que los vehículos perseguidores le adelantaran.

Sin embargo. Chally se desplomó de repente exhalando un alarido desgarrador. Sy se volvió en su asiento y vio el cuchillo clavado en su brazo izquierdo. Chally chillaba sin control, mientras la sangre brotaba a borbotones de su herida.

—¡Aguanta, aguanta, sólo unos minutos, hasta Bukilah! —gritó el hombre, descompuesto y sudoroso—. ¡Sólo un instante! ¡No, no arranques el cuchillo de tu brazo! ¡No lo hagas!

El rencor enfebrecía su mente, pero siguió conduciendo por el centro de la vía hasta que el tractor llegó al puente. Entonces torció ligeramente el volante y el vehículo se apartó a la derecha.

Por el rabillo del ojo vio al jeep que le estaba adelantando. Bruscamente torció el volante a la izquierda y arremetió contra el vehículo. El jeep volcó violentamente, dio dos vueltas sobre sí mismo y se precipitó al río después de destrozarse contra el pretil de hormigón.

Sy jadeó. Se sentía rabiosamente enardecido, hasta *deseaba matar,* destrozar, aniquilar a sus enemigos. Había logrado enderezar el rumbo del voluminoso tractor cuando ya las ruedas delanteras rozaban el pretil. Ahora todo consistía en tapar aquella salida a sus enemigos.

«Si nos hubiésemos encontrado en terreno llano y abierto, ni uno solo de ellos quedaría con vida», pensó, vehemente.

Por un momento, se había olvidado completamente de Chally, del cuchillo clavado profundamente en su brazo derecho, de la herida que arrojaba sangre a borbotones. El puente quedó atrás. El sol asomó definitivamente por encima de la línea del horizonte. Ahora podía ver aquel paraje que le era familiar. La zona residencial situada al norte de la ciudad, los bellos chalets rodeados de jardines convertidos en pequeñas selvas, la montaña de escombros en que había quedado convertido aquel edificio donde Korchnam encontró abundantes provisiones.

Giró el cuello y vio a los tres jeeps. Dos de ellos habían abandonado la amplia avenida de cipreses y corrían a gran

velocidad, saltando por encima de los desmontes.

Sy condujo todavía algunos minutos a lo largo de la ancha avenida de acceso a la ciudad. Luego, de improviso, torció a la izquierda, mantuvo firme el volante y dirigió el tractor hacia aquella pendiente de arbustos donde había espiado a los hombres del clan Korchnam cuarenta y cinco días atrás. La pendiente era demasiado empinada. El tractor comenzó a subir, pero luego una de sus grandes ruedas se hundió profundamente en el terreno herboso, blando y húmedo, quedando escorado definitivamente sobre su costado derecho.

—¡Vamos, mujer! —exclamó, abandonando el asiento—. Es hora de que salgamos de aquí. Yo me ocuparé de tu herida. ¡Mira, ahí está mi rifle! ¡Tengo que cogerlo antes de que ellos lleguen aquí!

Saltó al suelo espectacularmente, rodó por la pendiente y fue a detenerse justamente en el arbusto donde ocultaba el fusil.

Lo tomó febrilmente entre sus manos, comprobó vertiginosamente su funcionamiento, e incluso la carga. Cuando se irguió tras el seto espinoso, sus ojos brillaban triunfantes.,

Un jeep rugió a la izquierda, saltando espectacularmente sobre los desmontes.

Sy permitió que el automóvil se aproximase, cabeceando aparatosamente sobre los escombros. Cuando divisó las siluetas de los hombres que viajaban en él, disparó al conductor.

Las balas del fusil eran explosivas: el cráneo del hombre que conducía —Bood, el comedor de lombrices y babosas— reventó como un tomate maduro antes de que el automóvil, sin gobierno, volcase y rodase aparatosamente hasta el embudo que formaban los escombros, arrastrando a los otros cinco ocupantes.

Sy no pudo comprobar si habían supervivientes, porque instantáneamente otro jeep surgió de entre un seto elevado. El vehículo corría rectamente en dirección a él, tratando de aplastarle. Tuvo que saltar apresuradamente de costado, perdió el equilibrio y rodó dolorosamente sobre los setos espinosos que salpicaban la pendiente. Pero en ningún momento olvidó que le iba la vida en conservar el fusil entre las manos.

Un chirrido estridente hirió sus oídos. El jeep se había detenido en la cuesta y varios hombres saltaban de él. Un segundo después, un pesado machete rebotaba sonoramente contra la culata del fusil,

arrancándole una larga astilla a la madera.

Rodilla en tierra. Sy elevó su arma y apuntó. No disparó inmediatamente, aguardó a que los individuos que venían hacia él estuvieran en línea. Entonces sí oprimió el gatillo de su potente arma.

Cuatro hombres cayeron rodando. Sy los acribilló a mansalva, escogiendo escrupulosamente sus cráneos como blanco. En pocos segundos, sus adversarios quedaron despatarrados y amontonados en el declive.

Sy exhaló un suspiro. Se llevaba una mano a la frente chorreante de sudor, cuando el tercer jeep saltó desde el plano superior de la pendiente y se abatió sobre él. Apenas tuvo tiempo de dejarse caer a tierra y aplastar su cuerpo de plano sobre el espeso césped. El automóvil rebotó a un metro de él, se elevó en el aire, dio una vuelta y media en el vacío y se aplastó brutalmente, en posición inversa, sobre los escombros. Sy se incorporó despacio y contempló las ruedas del coche, que giraban alocadas en el aire. No observó ningún movimiento.

La herida de su cráneo aún goteaba lentamente. Escocía demasiado, pero no le prestó mucha atención. También sus muslos estaban desgarrados, tras rodar violentamente sobre los restos espinosos. El traje integral se había roto y colgaba a jirones. Recuperó la respiración y caminó unos pasos. Cuidadosamente registró los cadáveres y se apropió de todo aquello que le pareció útil.

Sólo al final recordó que Chally estaba herida de gravedad. Se dejó resbalar a largos saltos por la herbosa pendiente y ascendió al tractor.

Chally yacía sobre el lado derecho del vehículo. Dentro de la cabina, todo estaba manchado de su sangre.

Sy dejó escapar un gemido hondo. Luego se inclinó sobre el cuerpo inmóvil de la joven. Pero mucho antes de palpar su pulso supo que la guapa Chally había muerto; nadie pue de derramar tanta sangre y continuar con vida. Acarició sus facciones con ternura, la besó. Pero no pudo impedir aquel inquietante pensamiento;

«Debí ocuparme de Chally. Me olvidé por completo de ella. Por un momento, el ardor de la lucha me cegó.»

Los ojos le escocían, las lágrimas pugnaban por brotar,

abundantes. Pero Sy apretó las mandíbulas y contuvo su íntima emoción.

Tomó en sus brazos el cuerpo desmadejado de la joven, descendió de la cabina y depositó el cadáver en tierra. Valiéndose de uno de los largos machetes que había arrebatado a sus adversarios, cavó un hoyo profundo en la tierra húmeda y enterró a Chally. Luego recogió el fusil, inspiró profunda mente y escaló la pendiente sin mirar atrás.

CAPÍTULO IX

Bukilah desapareció en la línea del horizonte. Sy conducía su versátil y gigantesco auto oruga anfibio hacia el sur. Llovía torrencialmente y el ancho río que formaba meandros se desbordaba en diversos tramos, convirtiendo la pradera en un lago.

Sy consultaba de cuando en cuando la brújula electrónica del panel de instrumentos y proseguía, imperturbable, su marcha hacia el sur. A veces, el vehículo avanzaba por espacios secos, pero frecuentemente Sy debía conducirlo, flotando, a través de dilatadas lagunas provocadas por la riada.

Se había curado someramente la herida del cráneo y se había olvidado por completo de ella. Tampoco quería recordar su estancia en el clan Korchnam, los momentos de angustia pasados, su breve relación con la bella y desgraciada Chally. Sólo veía lo que tenía por delante. Cuanto quedaba atrás nada importaba.

Durante dos semanas, el temporal de lluvia continuó ininterrumpidamente. A menudo, para ahorrar la provisión de combustible que llenaban los tanques del vehículo, el joven nómada se desplazaba por vía fluvial, siguiendo el trazado de los ríos cuya impetuosa corriente se dirigía hacia el mediodía. A veces, se le hacía de noche mientras el vehículo flotaba raudamente en el centro del río. Sy conducía su «nave» hacia la orilla y allí lanzaba un cable de acero hasta un tronco de árbol sólido, de modo que la corriente no le arrastrara sin rumbo durante la noche. Luego se dejaba caer sobre su litera y dormía pesadamente hasta el amanecer.

A lo largo de las primeras noches después de su fuga de Bukilah, Sy padecía terribles pesadillas. Soñaba que Korchnam y sus salvajes camaradas le arrojaban a un pozo lleno de serpientes, o bien se despertaba chillando locamente al sentir sobre su cuello el filo de un cuchillo que penetraba en su carne y segaba su yugular. Pero al transcurrir de los días, aquellas horribles pesadillas dejaron de atormentarle.

Al fin, sus provisiones se terminaron. Había reducido progresivamente sus raciones, hasta el extremo de que apenas probaba un bocado cada día. Finalmente tuvo que enfrentarse a la realidad: no le quedaba nada para llevarse a la boca.

Una mañana vio un largo cuerpo varado en una playa arenosa. Dirigió hacia allá su vehículo y comprobó que aquel animal se ponía en movimiento. Tomó el fusil y disparó: su presa se agitó convulsamente por breves minutos y quedó inmóvil.

El anfibio avanzó lentamente hacia la orilla hasta quedar varado. Sy tomó su contador Geiger y descendió a la arena. Según acababa de comprobar, consultando uno de los libros que Dark le legase, aquel animal provisto de duras placas córneas era un caimán. ¿Sería comestible?

La aguja del aparato Geiger ni se movió. Confiado ya, Sy se acercó al caimán, lo colocó panza arriba y lo destripó. Tuvo que trabajar duramente para arrancarle la piel, pero por primera vez comprobaba que el hambre es uno de los más poderosos acicates para el ser humano.

Contó grandes pedazos de carne blanca con su cuchillo y los asó en una hoguera. La carne era un tanto dura y correosa, pero a Sy se le antojó un bocado exquisito. Comió hasta hartarse y luego asó la carne restante, que saló y guardó en un contenedor de plástico.

Todavía siguió navegando durante tres jornadas a lo largo de aquel río anchuroso, hasta que advirtió que su cauce se desviaba decididamente hacia el este. Buscó entonces una orilla poco elevada, puso los motores del vehículo en marcha, y abandonó el río.

Había cesado de llover, pero el tiempo era muy frío y desapacible. Una mañana, al despertar, quedó mudo de asombro al comprobar que toda la tierra que abarcaban sus ojos se había cubierto de un blanco purísimo.

Incrédulo, descendió del vehículo y tomó a puñados aquella masa fría y esponjosa que se derretía entre sus dedos. Como un niño, se llevó un poco a los labios y se maravilló de que aquella materia se convertía rápidamente... en simple agua.

Pronto se habituó a la nieve, aunque cuando salió el sol la potente reverberación le cegó y hubo de proteger sus ojos con unas gafas que halló entre los utensilios que el prudente Dark le había legado.

La carne asada del caimán se terminó y tornó el hambre. Locamente, vagó por los helados valles y riscos, fusil en mano, ansioso por encontrar una presa que abatir. Pero se cansó de caminar y regresó con las manos vacías.

Hasta entonces, Sy no había hallado otra fauna sobre la tierra que aquella compuesta por reptiles, insectos, gusanos y algunos peces. Siempre había abrigado la esperanza de llegar a algún paraje donde pudiera encontrar coníferas y aves de todas las especies, pero a lo largo de miles de kilómetros de andadura comenzaba a desesperar.

Así se vio forzado a alimentarse de hierbas y brotes tiernos de algunos árboles y arbustos. En ocasiones, cocía algunas hierbas en una fogata, pero otras veces su impaciencia le forzaba a consumir los vegetales crudos.

«Es curioso —pensó—. Empiezo a ser víctima de la regresión animal. Incluso me he habituado a roer raíces y tubérculos fibrosos...» Prosiguió incansable su largo éxodo hacia el sur. Advirtió que, a medida que avanzaba, el clima se iba tornando más suave y agradable. La nieve había quedado atrás y delante aparecían densos bosques y ríos de márgenes herbosas. Una tarde consiguió capturar un gran pez en la margen de un río. Pensó que podía asarlo y conservar lo sobrante.

La temperatura se tornó calurosa y el ambiente húmedo y opresivo. El día anterior había quedado atrapado en una espesa selva, de la que le resultó difícil salir. A partir de allí buscó los espacios abiertos.

Una mañana descubrió en la pradera una ancha carretera en regular estado y decidió seguirla. Un tramo más allá, encontró un gran panel colgado sobre la carretera. Lo leyó absorto: «PANAMERICAN HIGHWAY», decía. Y debajo, en otro idioma desconocido: «AUTOPISTA PANAMERICANA». Dedujo que el segundo rótulo significaba lo mismo, aunque ignoraba el significado de la palabra «Panamericana».

Ese mismo día cazó un gran pájaro de plumaje multicolor. Su carne no era muy agradable, pero le sirvió para variar la dieta. Por otra parte, en los árboles de la selva halló gran cantidad de frutos, que probó al principio con recelo, y después devoró con desmedido placer.

El panorama iba transformándose progresivamente. La carretera atravesaba selvas exuberantes, grandes puentes e incluso un profundo y recto canal. Tumbado en tierra, Sy descubrió un gran cartelón metálico que ponía: «CANAL DE PANAMA. PANAMA CHANNEL».

Cruzó el puente sobre el canal y continuó la marcha. Comenzaba a preocuparse: los depósitos de combustible se iban agotando inexorablemente.

Desde que huyera de Bukilah —casi dos meses ya—, Sy había rehuido la proximidad de las derruidas ciudades que salpicaban la inmensidad desierta. Sin embargo, cuando algunos días después descubrió el dilatado mar azul y divisó una ciudad en la costa, se dirigió hacia allá decididamente.

Bosques de cocoteros flanqueaban la orilla del mar y llegaban hasta la ciudad, la mayoría de cuyos edificios se mantenían enhiestos. No obstante, el paso del tiempo había deteriorado considerablemente las bellas fachadas de claros colores, los ventanales y los tejados. La maleza era espesa y dominaba las calles y avenidas.

Sy vio correr unas ratas entre la basura de un vertedero y caviló sobre si le convenía gastar un puñado de balas para abatir a aquellas pequeñas presas. No disparó: mientras tuviera frutos y otros vegetales a su alcance, economizaría la munición.

Poco después comprobaba que aquella ciudad no era sino un gigantesco cementerio. Había esqueletos por las calles, en las casas, en los parques... Esqueletos y cuerpos a medio momificar por doquier.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Qué misteriosa y terrorífica arma era la causante de aquella terrible mortandad? No supo responder y decidió alejarse. A la salida de la ciudad-cementerio, encontró un extraño edificio dotado de una airosa marquesina. Bajo ésta, extrañas máquinas se alineaban en línea recta. Sy percibió el aroma peculiar de los hidrocarburos. Evidentemente, aquella construcción no era sino un almacén de combustible.

Bajó del vehículo y accionó el medidor Geiger. La aguja se movió en seguida a la derecha, señalando un nivel de radiactividad peligroso. Sin embargo, en la parte posterior de la estación de servicio halló una alta pila de bidones llenos de petróleo. Invirtió más de dos horas en repostar los tanques del anfibio auto oruga e inmediatamente se alejó.

La carretera proseguía incansablemente hacia el sur, flanqueada por espesas selvas. De vez en cuando, Sy advertía alguna señal de vida: un pájaro volando entre las frondas, un bramido en lo más

profundo de la selva.

Una noche le despertó un gruñido peculiar. La luna brillaba en el cielo e iluminaba la oscura masa selvática. Sy se asomó al exterior y vio unos cuerpos oscuros que se movían alrededor del vehículo.

Silencioso, tomó su rifle, empujó la puerta estanca, apuntó al grupo de animales y disparó. Uno de ellos cayó a plomo y quedó inmóvil, mientras los restantes huían vertiginosamente hasta alcanzar el borde de la selva.

Sy examinó su presa. Se trataba de una especie de cerdo salvaje enano, cuya carne suculenta comió cruda, apenas sazonada con un poco de sal. Por entonces, Sy no era consciente de que se iba convirtiendo progresivamente en un ser primitivo. Continuó la marcha. La caza no era muy abundante, pero esporádicamente mataba un pequeño jabalí, un ave e incluso unos extraños saurios que —según comprobó en uno de los libros de Dark— recibían el nombre de iguanas.

Por otra parte, los frutos eran abundantes y suficientemente nutritivos. Sy comenzaba a respirar confianza y... esperanza. Sin embargo, varias jornadas después el horizonte se tornó sombrío. El contador de radiactividad se agitó locamente y su aguja señaló el máximo de la mortal contaminación.

Unas horas más tarde, divisó un paisaje dilatado, estéril y atormentado. La vegetación había desaparecido por completo y la tierra tenía un tinte grisáceo muy desagradable. A medida que avanzaba, el nivel de radiactividad iba en aumento, por lo que se vio obligado a permanecer enclaustrado dentro del vehículo, defendido contra el peligroso veneno ambiental.

Más allá, la Carretera Panamericana quedaba cortada por una sima ancha y profunda, de bordes irregulares. En sus proximidades, se divisaban grandes masas metálicas fundidas y calcinadas, que adoptaban formas grotescas y terroríficas.

Sy varió el rumbo y se dirigió al oeste, evitando aquella tierra destrozada y yerma. Sólo al cabo de ocho días de viaje, en los que Sy padeció un hambre atroz y llegó a perder casi la mitad de su peso, el panorama comenzó a cambiar levemente.

Llegado a las márgenes de un río anchuroso y de rápida corriente que discurría hacia el sur, condujo su protector habitáculo hacia las aguas y se dejó arrastrar con los motores parados. El río era de cauce

profundo, flanqueado de acantilados muy altos y lisos. Las aguas, oscuras y misteriosas, producían extraños murmullos en las orillas. Una medición con el contador Geiger le reveló que la contaminación por radiactividad descendía hasta límites tolerables para la vida humana.

Pronto, espesas selvas, en cuyas frondas se oían gritos medrosos, flanquearon la corriente fluvial. Durante toda la noche, el río arrastró el vehículo anfibio a gran velocidad, aguas abajo.

Fue al amanecer cuando Sy percibió aquel fragor ensordecedor. No conocía su origen, pero el instinto —muy desarrollado tras medio año de lucha contra el ambiente hostil— le apercibió del peligro. Buscó, pues, un punto de la margen del río accesible al vehículo y salió a tierra firme. Durante varias horas, el vehículo avanzó por una angosta senda que terminaba bruscamente en un precipicio profundo. Desde allí, Sy contempló, fascinado, cómo el río se precipitaba, estrepitoso, a un desnivel de más de cien metros de profundidad.

Tuvo miedo. Imaginó que su anfibio hubiera sido arrastrado por la corriente hasta la catarata y se estremeció violentamente, contemplando la vorágine desatada por las aguas en el fondo del abismo.

Contorneó, luego, el precipicio y descendió hasta un valle de laderas suaves que se extendía interminablemente hacia el sur. El paraje era encantador: densos bosques cubrían los altos picachos de la sierra agreste y descendían hasta mitad de las laderas, que terminaban en una pradera verde y exuberante. Allá hacia el sur, difuminados en el celaje azulino de la distancia, se alzaban unos bloques rocosos de altiva silueta. Por el fondo del valle discurría un riachuelo, que iba a perderse en las frondas oscuras de la lejanía.

El contador Geiger marcaba cero. Sy dejó escapar un suspiro y, escogiendo cautelosamente el camino entre los árboles añosos, inició el descenso. Tras remontar una colina suave, se encontró de pronto con unas rústicas construcciones de barro y ramas.

Era... un poblado. Incrédulo, Sy contempló a los hombres y mujeres que se movían de un lado a otro, transportando brazados de mieses, que apilaban en un espacio central, de tierra apisonada. Hombres, mujeres y... ¡niños!

Pero había más, mucho más: unos hombres cargaban las mieses

en una especie de vehículo de dos ruedas tirado por un cuadrúpedo peludo. Más allá, en la pradera, dos jóvenes semidesnudos apacentaban un pequeño rebaño de... ¡de vacas!

Había también unas aves, gordas y de lustroso plumaje, que cloqueaban picoteando y escarbando al pie de la era. Transfigurado, Sy hizo avanzar su vehículo y descendió a mediana velocidad hasta el centro del poblado.

Unas mujeres muy morenas, que vestían largos vestidos de algodón blanco, vieron venir el vehículo, arrojaron los cántaros de barro que llevaban en la cabeza y fueron a esconderse, despavoridas, en las chozas. También los hombres e incluso los chiquillos se dejaron llevar por el pánico ante la aparición del monstruo mecánico que pilotaba Sy.

Por un momento, en el poblado todo fue confusión y pavor. Cuando Sy se decidió a descender de su vehículo, el poblado había quedado desierto. Nadie quedaba a la vista: todos habían ido a esconderse, atemorizados y sobresaltados, en las rústicas construcciones de adobes.

Sólo el peludo cuadrúpedo de largas orejas, sujeto a un rústico carruaje, mantenía una actitud pasiva e indiferente ante la presencia del intruso, pues las vacas habían huido espantadas y las gallinas se habían refugiado en las ramas de un árbol próximo, alborotadas por los chillidos de las asustadizas mujeres.

Erguido en medio de las chozas, Sy lo contemplaba todo con expresión admirada: los dorados haces de mieses; las rústicas herramientas abandonadas; el abrevadero lleno de agua limosa, las huecas calabazas colgadas de la enramada que sombreaba una cabaña; la gran olla de barro, que borboteaba sobre unas brasas colgada de una soga de pita; los menudos y ruidosos pollitos que corrían sobre la paja, abandonados por sus escandalosas madres.

—Este sí es un lugar adecuado para vivir —murmuró admirado.

Desconcertado, aguardó pacientemente a que alguien apareciera. Pero el poblado permanecía silencioso. Sólo al cabo de largos minutos se movió una cortina de bayuco trenzado y apareció un anciano pequeño, delgado y cetrino, que vestía pantalones y camisa de burdo algodón y cubría su cabeza canosa con un gran sombrero de paja.

Era un hombre viejísimo, a juzgar por su apariencia: su rostro

bronceado estaba cruzado por mil arruguillas finas, y su piel tenía el tono del cuero viejo. Sus manos eran largas y esqueléticas, pero increíblemente finas y delicadas. Unos ojos pardos perspicaces examinaron calmosamente al intruso. Y luego Sy escuchó aquellas palabras que no pudo comprender:

—¡Eh, hola, hombre! Acércate, no voy a hacerte daño.

Sy bajó la mirada al mortífero fusil que colgaba de su brazo. Una sonrisa indefinible plegó sus labios. Dejó caer el arma y se acercó pausadamente al anciano.

CAPÍTULO X

El viejo se había sentado en un escabel de madera, situado bajo la enramada, y parloteaba sin cesar. Se mostraba muy amistoso y sonreía constantemente, pero Sy apenas podía comprender algunas palabras, como *amigo, comida, bebida, pacífico*... El anciano le dirigía una pregunta tras otra, pero al no escuchar respuesta alguna, se mostró muy desconcertado. De pronto se golpeó el pecho con un afilado pulgar y declaró:

—Yo me llamo Edmoondoh Kaampoh —y con una delgada vara de bejuco, escribió sobre el polvo: *Edmundo Campo.* Alzó la mirada hacia el desconocido y preguntó—: ¿Y tú?

—Mi nombre es Sy —y repitió lentamente—: Sy, Sssy.

El rostro del anciano se animó. Con la punta de la vara, escribió en el suelo: *Sai.* El forastero negó vivamente y escribió correctamente su nombre en el suelo, lo que provocó un gran desconcierto en el viejo, que le miró con estupor. De pronto, rompió en una larga carcajada que desveló sus encías vacías de dientes.

—¡Ah, ya! —se chanceó—. ¡Tú debes ser uno de aquellos gringos...!

Sy rio también, tontamente. Luego giró sobre sus talones, recogió el fusil y subió a su vehículo de veinte metros de longitud. La sonrisa se borró de las facciones apergaminadas del amistoso anciano.

Pero nuevamente sonrió cuando vio descender a Sy con un libro en la mano.

—Yo... soy... un hombre que... que viene del... del norte. ¡Paz! —silabeó dificultosamente en español.

El viejo Edmundo Campo vino hacia él y le palmeó la espalda con grandes aspavientos. Después, descolgó una de las calabazas de la enramada y la ofreció al forastero, al tiempo que decía, imitando las palabras de Sy:

—Puedes to-marrr un buen trago. Es muuy buuueno.

Sy quitó el tapón de corcho, y tras una breve vacilación, bebió del líquido que contenía la vasija. Era una bebida dulzona, sabrosa, muy fresca y agradable, ligeramente alcohólica. Bebió, más confiado, y volvió a dar otros dos largos tragos antes de devolver la calabaza al anciano.

Entretanto, algunas cabezas asomaban tras las cortinas de bayuco de las chozas. Hombres, mujeres y niños atisbaban en las puertas, con desconfianza. El anciano se volvió hacia ellos y exclamó, socarrón:

—¡Semejáis gallinas asustadas, carallo! ¡Vamos, salid de ahí! Este hombre es un gringo rubio, pero no se come a las personas crudas —y añadió para sí—: ¡Carallo!

Un hombre de mediana edad, moreno, delgado y atlético, fue el primero en salir. Después les siguieron otros. Las mujeres se atrevieron también a abandonar las rústicas chozas, aunque unidas en apretado grupo. Detrás, dos docenas de niños y adolescentes de ambos sexos. Algunos de los adolescentes apretaban sus cayados nerviosamente, mientras los niños más pequeños se colgaban de las amplias faldas de sus madres.

Todos miraban con terrible curiosidad al desconocido, que se esforzaba en expresarse en castellano para hacerse entender por el patriarca del poblado. Todos entendieron perfectamente aquella frase de Sy:

—Tengo hambre. Cuatro días sin comer. ¿Pueden...?

Edmundo Campo dio una orden y en seguida las mujeres trajeron una mesa de madera basta, sobre la que pusieron un cuenco de barro con un jugoso trozo de carne aderezado con chiles y papas. Una chiquilla trajo una hogaza de pan. Sy pellizcó el pan, lo saboreó, maravillado, y comenzó a comer con los dedos ferozmente.

—¡Eh, eh! —le recriminó sin acritud el anciano—. Las personas no comen con los dedos, amigo. Para eso tenemos tenedores, cucharas y cuchillos. ¡Coge ése!

Sy se sonrojó. Se limpió las grasientas manos en los muslos y tomó el tenedor. Se sentía abochornado, inferior a aquellas sencillas gentes. Pero el hambre pudo más que su vergüenza y ante las miradas curiosas de las personas que le rodeaban, comió con avidez. Cuando terminó, se limpió las manos en el trozo de lienzo que Edmundo Campo le ofrecía, alzó la mirada al tibio sol de la tarde y se sintió satisfecho.

Tras un prolongado suspiro, miró a aquellas personas, sonrió, buscó apresuradamente el librito que había dejado sobre la mesa, pasó apresuradamente las páginas, volvió a sonreír con humildad y pronunció con torpeza en español:

—Muuchasss graciasss.

* * *

«Es... como el paraíso», pensó Sy, a la mañana siguiente.

Había dormido sobre un mullido lecho de panochas de maíz toda la noche, dentro de la cabaña que los habitantes del poblado le habían ofrecido generosamente.

Un rayo de sol penetró al amanecer a través del irregular ramaje de la techumbre. Sy se despertó y bostezó. Por primera vez desde que abandonase la ciudad subterránea se sentía relajado, tranquilo y feliz.

Salió a la explanada del poblado. El sol acariciaba con tibieza el fondo del escondido valle. El aire, húmedo, olía a hierbas aromáticas y a heno seco. Sy inspiró profundamente y se recostó con placer en la pared de adobes.

A contraluz, descubrió las volutas azules que ascendían de una hoguera. Junto a ella, divisó la silueta de Edmundo Campo, inclinado sobre una sartén. Muy cerca, otra persona. El sol arrancó destellos azulados de la larga cabellera de la joven adolescente que acompañaba al anciano. Edmundo le vio y exclamó:

—¡Eh, hola, amigo, buenos días! Acércate, Sai. Estoy preparando el desayuno. Tú, yo y mi nieta Vairaná almorzaremos juntos. Los demás son demasiado perezosos para madrugar. ¡Ellos se lo pierden...!

Incluso el humo que brotaba de la lumbre era aromático. Sy se acercó despacio y miró con curiosidad a la jovencita que ayudaba al anciano a preparar un suculento almuerzo a base de tocino de pecarí, muslos de gallina, plátanos ácidos y huevos.

Sy saludó en su defectuoso español y observó, fascinado, a la hermosísima muchacha de ojos oscuros, facciones bronceadas, labios frutales y esbelto cuello en el que lucían unas esmeraldas sin tallar sujetas con hilillo de oro. La joven vestía una especie de poncho de lana azul que velaba sus jóvenes formas femeninas.

—Ah, Vairaná —dijo el viejo, después de responder al saludo del forastero—. Este señor es Sai, un gringo. Vino de allá arriba, con una máquina rarísima. Tú no pudiste verle ayer —Edmundo Campo alzó

su mirada hacia Sy—. Vairaná ha estado gravemente enferma. Unas fiebres malignas. Estuvo a punto de morir, pero ya empieza a recobrarse, gracias a la Virgencita.

Pronunciaba con lentitud, esforzándose en que el gringo captase sus palabras.

—¡Vairaná...! —exclamó Sy, admirado—. ¿Qué es.... qué significa...?

—Es un nombre aborigen. Significa «Flor fragante». ¿No le parece verdad, amigo? Vairaná es la más fragante de nuestras flores.

La muchacha alzó los ojos y clavó su mirada fugazmente en los de Sy, tan claros y dorados como el sol que se elevaba sobre las cumbres de la alta sierra. Ante aquella mirada, tímida pero penetrante, Sy experimentó una singular emoción.

Pero el anciano le ofrecía ya un plato lleno de comida. Comieron los tres en silencio. De vez en cuando, Sy dirigía una mirada de reojo a Vairaná. Ella mantenía la vista baja, pero en alguna ocasión sus miradas se encontraron y entonces fue como si un misterioso y potente fluido pasara del uno al otro, recíprocamente. Luego, la joven tomó los platos vacíos, los lavó cuidadosamente en un barreño y se alejó hacia el poblado. No había pronunciado una sola palabra.

—Todavía necesita reposo —explicó el viejo—. Pero pronto estará bien.

Permanecieron un rato junto al fuego. Los hombres más capaces fueron saliendo de las chozas y disponiéndose a la faena diaria. Sy volvió a su choza y regresó apresuradamente con el diccionario en la mano.

—Quiero ayudarles —dijo a Edmundo Campo.

—¿Ayudarnos? ¿Por qué? ¿Y cómo?

—Trabajo muy dificultoso —explicó Sy, consultando constantemente su manual—. Cortar mieses, acarrear... Trillar en la era, transportar mucha leña a gran distancia. Yo fácil, con vehículo —señaló con la mano su potente anfibio.

—¿Por qué no? —respondió el anciano, soltando una carcajada—. A cambio, yo te enseñaré a expresarte en nuestra lengua. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —respondió Sy, entusiasmado.

A lo largo de los días siguientes, el trabajo de los pobladores de la aldea sufrió grandes cambios. Hombres y mujeres segaban trigo y

maíz maduros, pero el «gringo» transportaba fácilmente pesadas cargas en una plataforma de madera, que el automóvil oruga arrastraba fácilmente hasta el poblado.

La actividad se convirtió en algo frenético. Sy acarreaba heno, mieses, leña y sacos de cereal; trillaba la mies en la era con las orugas del vehículo; acopló una toma de fuerza a una oxidada desgranadora de maíz, que previamente repasó y engrasó... Hombres, mujeres y niños aplaudieron entusiasmados, cuando el grano comenzó a fluir por el tubo de salida de la desgranadora. ¡El gringo les había ahorrado largos días de penosos trabajos!

Tras la cosecha, Sy acarreó pesadas cargas de piedra y sólidos troncos de árboles, con todo lo cual se proyectaba construir un nuevo granero y un establo adecuado. Cada día surgía en su mente una nueva idea que sirviese para mejorar la situación de aquellas sencillas gentes. Sy sometía siempre sus proyectos al patriarca y éste los aprobaba complacido.

Sy se sentía colmado en su condición humana. Milagrosamente había ido a parar a una comunidad en la que las cualidades de bondad y honradez se habían conservado puras. Sencillamente era feliz y cada día se esforzaba más por compensar la amistad que había recibido de ellos.

Todos le llamaban *Sai* y él respondía alegremente agitando una mano en alto desde la cabina del auto oruga.

Pensaba frecuentemente en Vairaná, a la que apenas veía de cuando en cuando. Si preguntaba al viejo Edmundo Campo, éste respondía moviendo la cabeza: «Aún se encuentra convaleciente. Pronto se repondrá.»

Tres meses después, Sy sabía expresarse adecuadamente en español y se había integrado por completo en la reducida comunidad del valle. Al parecer, el clima no cambiaba ostensiblemente en aquellas latitudes, pues seguía siendo igualmente benigno y templado.

El poblado se había transformado sensiblemente: las chozas que la lluvia deshacía fácilmente, habían sido sustituidas por sólidos edificios de piedra y madera. Las viviendas eran ahora mucho más espaciosas, salubres y cómodas. Sy enseñó muchas cosas al patriarca Campo y a sus aldeanos, casi todos ellos unidos por lazos de sangre. Sy conoció personalmente a cada uno de ellos, aunque sentía una

tendencia clara a jugar con los niños. La vida era apacible y satisfactoria. Sólo que… Vairaná seguía oculta a la mirada del forastero.

—¿Todavía sigue enferma? —preguntó un día Sy a su anciano amigo.

—No —respondió éste. Rio, socarrón, y añadió—: A menos que el mal de amores sea una enfermedad.

—¿Cómo…?

—Mi nieta está enamorada. ¿Puedes imaginar de quién, amigo mío?

Sy inclinó la cabeza sobre el pecho. Unos celos ardientes acababan de encenderse en su pecho.

El viejo rio y rio, hasta desquijararse. Y dijo:

—¿No lo adivinas? Vairaná se sintió deslumbrada por ti, aquella mañana, ¿recuerdas? Piensa que tú no querrás unirte a ella y sufre en silencio. Un sentimiento de pudor la obliga a mantenerse lejos de tu mirada. Sin embargo, ¡ja, ja, ja!, sospecho que te espía constantemente, hasta el menor de tus movimientos. ¿Qué tienes que decirme a esto, gringo?

Sy se ruborizó. Al cabo de una pausa, murmuró, baja la mirada:

—Yo amo a Vairaná con toda mi alma.

—¿Por qué te avergüenzas? El amor entre un hombre y una mujer es lo más hermoso que puede existir entre los seres humanos. Gringo, tú has hecho grandes cosas por nosotros, y te lo agradecemos. Este mundo miserable ha sufrido ya bastantes calamidades. Es la hora de que los hombres estemos unidos para ayudarnos y fortalecernos. Yo, Edmundo Campo, jefe de esta aldea porque los míos lo quieren, tengo el honor de entregarte a mi nieta, Vairaná. ¡Que la Virgencita os bendiga!

Una frase semejante había pronunciado el profesor Davis antes de despedir a Chally y Sy. Este lo recordó ahora y sintió una profunda emoción.

—Muy bien —expresó, vehemente—. Ahora tengo que ver a Vairaná. Necesito hablar con ella, decirle…

—¡Calma, calma! —le retuvo el anciano—. Haremos las cosas a nuestra manera. Hablaré con todos los miembros de la aldea y les daré la noticia. Luego organizaremos una gran fiesta, en la que tú y mi nieta os uniréis para siempre. Ten paciencia, hijo. Te aseguro que

valdrá la pena —prometió el venerable patriarca.

CAPÍTULO XI

Oía el leve rumor de la brisa que rilaba el ramaje de la techumbre y mantenía los ojos cerrados, esforzándose en dormir. Pero no lo conseguía: era imposible. Su mente estaba constantemente ocupada por Vairaná. La amaba con todas sus fuerzas, la amaba y deseaba con vehemencia febril. Pero aún debían transcurrir muchas horas antes de que ambos pudieran reunirse.

Sy se movía sin cesar en la cama, completamente desvelado. «¡Vairaná, Vairaná! ¿Cuándo podré estrecharte entre mis brazos?»

Un zumbido extraño le obligó a incorporarse sobre un codo. Escuchó atentamente y advirtió que el rumor iba en aumento. La curiosidad le impulsó a saltar de la cama y a correr hacia el exterior. La noche era oscura y nada pudo ver, por más que forzó la vista. Sin embargo, el rumor leve del principio aumentaba vertiginosamente, convirtiéndose en horrísono estrépito.

De improviso, algo estalló en el firmamento de terciopelo, convirtiendo la noche en día. Sy, asustado, retrocedió hasta los muros de la casa que acababa de abandonar. En aquel justo instante, una enorme llamarada se expandió en las alturas y bañó las techumbres de madera de las nuevas casas de cal y canto. El fuego prendió rápidamente y el poblado comenzó a arder instantáneamente.

Dentro del establo, mugían locamente las vacas, gruñían los cerdos y alborotaban tas gata ñas. La ancha puerta del establo ardía como una tea, cuando, de pronto, estalló y los animales huyeron en tropel.

A la luz de las gigantescas llamas, algunos hombres y mujeres brotaron de las casas y huyeron hacia el bosque, dominados por el pánico. Algunas mujeres llevaban a sus hijos pequeños en brazos, que lloraban desconsoladamente.

El estruendo invisible resonaba en las alturas. Un chorro ígneo cruzaba el aire e iba bañando implacablemente cuanto encontraba a su paso. Paralizado por aquella visión dantesca, Sy tardó un minuto en reaccionar. Al cabo, dejó escapar un grito de ira, miedo y frustración, y corrió con todas sus fuerzas hacia el cobertizo que él mismo había construido para albergar su auto oruga.

Subió al vehículo de un salto y comenzó a arrojar fuera los libros, utensilios y pequeños tesoros depositados allí. Pero una oleada de fuego bañó el cobertizo, envolviéndolo todo en un salvaje aliento abrasador.

Sy apenas tuvo tiempo para recoger su fusil y la caja de munición. Saltó a tierra y el cobertizo en llamas se desplomó sobre el vehículo. Fue entonces cuando escuchó aquellos gemidos desgarradores. Sy se volvió de un salto y gritó:

—¡Vairaná!

Galopó locamente hacia la casa que ocupaban el patriarca y su nieta. Alguien golpeaba al otro lado de la sólida puerta de entrada.

—¡Apartaos! —gritó.

Y se lanzó con todo su peso contra la puerta, que se abrió con un sonoro crujido.

Lo que vio a la primera ojeada le dejó petrificado: parte de la techumbre se había desplomado y Vairaná chillaba estridentemente tratando torpemente de apagar a manotazos el fuego que prendía en su camisón de algodón. Sy se abalanzó sobre ella y la abrazó, para apagar las llamas, pero ella gritó de dolor al sentir su carne abrasada. En un instante de lucidez, Sy hizo lo único que se podía hacer: arrancarle a tirones la túnica ardiente.

La miró, completamente desnuda, y quedó deslumbrado al contemplar aquel bello cuerpo femenino en plena sazón. Pero no se detuvo: tomó a Vairaná en brazos y la sacó de allí. Ella se agitaba frenéticamente en sus brazos, tratando de liberarse. ¿Acaso había enloquecido de repente?

Pero Vairaná gritó, desesperada:

—¡El abuelo, el abuelo! ¡Ha quedado atrapado en la casa!

La dejó en el suelo y volvió sobre sus pasos. Una llamarada brotó a través de la puerta en el momento en que él se precipitaba dentro. Oyó el crepitar de sus cabellos al arder en súbita llamarada, pero se arrojó a tierra y reptó por el suelo hacia el dormitorio de Edmundo Campo.

El anciano permanecía en el suelo, prudentemente envuelto en una manta. No podía moverse, atrapado por el peso de una sólida viga desprendida de la techumbre, pero asomó su canosa cabeza al escuchar los gritos de aviso del gringo. Sy se introdujo bajo la viga, arqueó la espalda, tensó los músculos, empujó hacia arriba y gritó,

ahogándose:

—¡Salga de ahí, envuelto en la manta!

Un minuto después, los dos estaban fuera, sanos y salvos. Todas las casas e instalaciones del poblado ardían ya, mientras las vacas galopaban frenéticamente por la pradera y, arriba, el terror invisible continuaba su obra de destrucción.

—¡Vairaná! —gritó Sy como un energúmeno. Pero nadie respondió a su llamada.

No había ninguna persona a la vista. Súbitamente, una llamarada descendió de lo alto y cubrió el suelo en una gran extensión, muy cerca de donde los dos hombres se encontraban.

—¡Hacia el bosque, hacia el bosque! —exclamó el anciano, aterrado.

Sy vaciló. ¿Y las personas que probablemente habían quedado atrapadas en sus casas? Edmundo le tomó por la mano y le guio ladera arriba. A pesar de su edad, el viejo poseía una agilidad admirable. Sus ojos debían ver en las tinieblas, pues llegados al lindero del bosque, guio a Sy con toda seguridad a través de la espesa floresta. Al fin, se detuvieron para recuperar el aliento. Jadeaban.

Sy dirigió una mirada hacia el fondo del valle. Aún ardían las edificaciones y corrales del poblado, pero muy pronto el fuego habría terminado con todo aquello que tantos esfuerzos había costado construir.

Sy tembló de pies a cabeza. Unas lágrimas dolorosas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué…, cómo…, quién…? —murmuró, crispadas las facciones.

No podía entender cómo se había desatado el desastre, qué lo había provocado, quiénes eran los culpables. Aquel zumbido estruendoso que resonaba en las alturas se fue atenuando hasta que todo rumor cesó y sólo se escuchó el crepitar de las llamas, allá abajo.

—No puedo explicarte nada, ahora —dijo el viejo—. Ven conmigo. Debemos buscar a los que se hayan salvado.

Prosiguieron la marcha entre los árboles, siempre cuesta arriba. El terreno era muy quebrado y difícil, pero Edmundo Campo se abría fácilmente paso entre la maraña y los barrancos. De cuando en cuando, se detenían y el anciano lanzaba un leve silbido. Otros

silbidos semejantes respondieron al suyo y poco después, en las tinieblas, unas manos tocaban las suyas.

—¿Vairaná?

—¿Abuelo, Sai? —respondió la joven.

Y al escuchar las voces de ambos, dejó escapar un profundo suspiro.

Sy la estrechó contra sí levemente y comprobó que ella iba vestida con una prenda larga y muy holgada.

A poco, se percibieron las primeras luces de la aurora en el horizonte. A los silbidos que lanzaba intermitentemente el patriarca, hasta cuarenta personas fueron reuniéndose en lo más profundo del bosque. A la luz incierta del amanecer, todos presentaban idéntico aspecto desmayado y sombrío, chamuscados ropas y cabellos, cubiertos los rostros de tizne y sudor, y el miedo alentado en sus ojos oscuros.

Edmundo trató de calmarlos con afectuosas palabras.

—Estamos vivos, por el momento. Todo irá bien, tened confianza.

Pero de las sesenta y ocho personas del poblado, sólo habían quedado con vida cuarenta y una, incluyendo a Sy.

—Esperad aquí. Iré a echar una ojeada a lo que queda del poblado. Tal vez hallemos a alguien con vida —propuso Sy.

Otros cuatro hombres se prestaron a acompañarle. Fue inútil: allá abajo sólo quedaban unos muros calcinados en pie. Todo lo demás había sido devorado por el fuego.

Cansinamente, Sy y los cuatro hombres volvieron al bosque e informaron al patriarca.

—Todo se ha perdido: las casas, el ganado, los graneros y... nuestros amigos.

El anciano plegó los labios en un rictus de dolor, pero en seguida se recuperó.

—No es la primera vez que nos vemos en la ruina. Pero volveremos a rehacernos, os lo prometo. Ahora será más fácil, pues contamos con la ayuda de nuestro amigo, el gringo Sai. Él es sabio y hallará pronto una solución.

—No nos moriremos de hambre —respondió Sy, alzando su fusil—. Al parecer, hay alguna caza en los alrededores. Yo cazaré para todos. Pero antes que nada necesito saber quién nos atacó de forma tan alevosa y canallesca.

—Es una vieja historia, hijo —respondió Edmundo—. Son los cuatreros. Viven allá arriba, en la alta meseta situada detrás de los acantilados. Los cuatreros nos atacaron en otras ocasiones, hace ya varios años. Tenía la esperanza de que se hubieran marchado para no volver. Desgraciadamente, acabamos de comprobar que siguen allá arriba. Ellos son muchos, más de cien. No trabajan como nosotros: asaltan y roban.

—Pero… ¿qué era esa extraña máquina que arrojaba fuego desde lo alto?

—Lo ignoro. Sai. Sólo sé que ellos son buenos mecánicos y robaron varios vehículos de la Larga Mesa, que han sabido reparar y poner a punto. Se sirven de ellos para dedicarse al pillaje y a la destrucción. En la ocasión anterior, nos arrojaron artefactos explosivos desde el aire y nos obligaron a abandonar el poblado. Luego nos persiguieron a través del bosque con una máquina infernal que aserraba los troncos de los castaños a través como si fueran palillos. Fue entonces cuando murieron los padres de Vairaná. También murieron otros cinco miembros de nuestra comunidad. Nuestros enemigos se llevaron casi todo el ganado y huyeron. Por eso les llamamos cuatreros —explicó el anciano—. Pero no son ellos los únicos enemigos. A unas diez leguas de distancia de aquí, viven los Negros, otro grupo de forajidos motorizados que viven del saqueo y el asesinato. Por fortuna, hace varios años que no recibimos sus desagradables visitas. Los Negros suelen asesinar a los hombres y raptar a las mujeres. Tienen casi un centenar de esclavos indígenas, por los que se hacen servir y a los que martirizan como diversión.

—¿Por qué no me contó usted todo eso cuando llegué al poblado? Hubiéramos tomado unas mínimas precauciones —exclamó Sy, decepcionado, al comprobar que el paraíso del que había gozado durante varios meses se esfumaba entre sus manos.

—Temí… temí que te asustases y… nos dejases —respondió el viejo, contrito.

—Antes mencionó usted un lugar llamado Larga Mesa. ¿Qué es? —interrogó a Edmundo.

—Una antigua base aérea. Hay centenares de aviones y vehículos de toda clase —respondió el anciano—. Está a unas diez leguas de aquí.

—Está bien. Alejémonos —propuso Sy—. Antes que nada,

pongámonos a salvo.

Llegar a Larga Mesa les costó tres jornadas de viaje. El día anterior. Sy había cazado dos pecarís, cuya carne bastó para reponer las fuerzas del grupo.

Al fin, la silueta de Larga Mesa estuvo a la vista. Una carretera zigzagueante y en pésimo estado de conservación, llevaba desde el llano hasta la cumbre. Dos horas más tarde estaban arriba y Sy contemplaba, fascinado, las largas pistas de aterrizaje, la alta estructura de la torre de control, los hangares, talleres y depósitos de combustible. Enormes tetrarreactores aparecían aparcados en las pistas. Algunos aviones mostraban huellas de óxido en su fuselaje.

Recorrieron ávidamente las instalaciones. Dentro de la carlinga de un cazabombardero, Sy halló el cadáver de un piloto completamente momificado. Según pudieron comprobar a lo largo de aquella jornada, la base estaba llena de cadáveres, perfectamente conservados la mayoría.

Sy lo examinaba todo con los ojos brillantes: los enormes depósitos de combustible, casi llenos, la planta generadora de electricidad, intacta, las salas de oficiales, las aulas, los silos de ingenios bélicos… La mayoría de las aeronaves, vehículos y máquinas se habían conservado bien. En los talleres se alineaban los tornos, taladros, fresadoras, roscadoras, equipos de galvanotecnia, bobinado de motores, equipos electrónicos… Lo único que faltaba allí era lo que necesitaban con mayor urgencia: alimentos.

—Esos forajidos han debido esquilmar las reservas de provisiones durante largos años —reflexionó Sy. Y añadió en voz alta—: Vamos a quedarnos aquí. Mi proyecto consiste en poner a punto algunas de estas máquinas. Con ellas nos defenderemos de los ataques de nuestros enemigos y obtendremos fácilmente caza y cuanto necesitamos para nuestra subsistencia. Yo me dedicaré plenamente a este trabajo; los restantes hombres se ocuparán de obtener caza para nosotros.

El patriarca no hizo ningún comentario. Sabía que a partir de aquel momento sería el gringo quien diera las órdenes.

CAPÍTULO XII

Una mañana Sy subió al largo helicóptero de combate que acababa de poner a punto. Súbitamente, las turbinas entraron en acción y arrojaron por las toberas chorros densos de humo y chispas.

Los sencillos campesinos de Edmundo Campo retrocedieron, aterrados. Su temor creció aún más cuando las grandes aspas comenzaron a girar vertiginosamente. Luego el pesado aparato se despegó del suelo y ascendió lentamente. A cuarenta metros de altura, el helicóptero evolucionó y se alejó con un ruido atronador, para volver poco después y posarse sobre la pista de hormigón.

Cuando vieron descender al gringo, los miembros del clan abandonaron sus refugios y aplaudieron, entusiasmados.

—He conseguido dominar esta nave —exclamó Sy, febril—. Todo está a punto para que demos una lección a nuestros enemigos. ¿Quién de vosotros quiere acompañarme?

Juan Ortega, Paulino Fuentes y Diego León le habían ayudado eficazmente a reparar máquinas, a utilizar herramientas y a poner en marcha el generador de electricidad de la base. Los tres eran inteligentes y decididos, pero el miedo agarrotaba sus piernas.

—Está bien —gruñó Sy, rabioso—. Lo haré yo solo.

Sin embargo, antes de que subiese al aparato. Fuentes, Ortega y León se le unieron, decididos a participar en la lucha, por encima del miedo.

El gran helicóptero se elevó sobre la pista hasta convertir se en un puntito apenas perceptible desde tierra. Vairaná, abrazada a su abuelo, tembló.

—Tengo miedo —susurró—. Sai ha cambiado mucho desde que llegamos aquí. Decía que estaba enamorado de mí..., pero no me ha mirado una sola vez desde que descubrió esas máquinas. Temo, abuelo, que el odio le ha cegado.

—Eso no es todo, pequeña —respondió Edmundo Campo, sombrío—. Sai ha influido con exceso en nuestros hombres. Les ha enseñado a montar y reparar máquinas, pero también les ha inyectado el veneno de la guerra. No sé cómo terminará todo esto...

Entretanto, el helicóptero se abatía desde dos mil metros de altura sobre los acantilados de Takabamba. Al principio, sus tres

auxiliares se habían agarrado a sus asientos como si les fuera la vida en ello, pero en seguida se relajaron y contemplaron, fascinados, el atrayente panorama que se divisaba desde las alturas.

Repentinamente, algo estalló en el aire fragorosamente y el helicóptero se bamboleó, levemente afectado por el proyectil antiaéreo.

—¡Están ahí! —gritó Sy—. Han instalado un cañón antiaéreo múltiple en esa cornisa sobre el vacío, aunque ignoro cómo han conseguido hacer funcionar esa arma. De todas formas, os prometo que no volverán a disparar.

El helicóptero de combate se cernió vertiginosamente en el aire. Sy apretó el botón rojo de los dos cañones instalados bajo la carlinga. Ocho segundos más tarde, dos potentes bombas de fósforo estallaban en el acantilado, cubriendo de fuego una anchísima extensión.

Más allá, Sy descubrió el campamento de los Cuatreros en la estrecha meseta orientada hacia el sur. Hasta una docena de prefabricadas naves de aluminio —indudablemente robadas de la base de Larga Mesa— se alineaban en la llanura. Había cuatro grandes camiones todo terreno, un depósito de combustible de unas cincuenta toneladas y un gran hangar.

A vista de pájaro, Sy distinguió las siluetas de las personas que abandonaban las construcciones y corrían desaladamente por la meseta. Fríamente, apretó los disparadores y el poblado de los Cuatreros quedó inundado de fuego.

Sy se volvió en su asiento y dirigió a sus acompañantes una mirada de orgullo. Pero en las facciones de los campesinos que había tratado de convertir en luchadores sólo vio reflejados el miedo y la tensión.

—¿Qué os pasa? ¿No os sentís satisfechos? ¡Ellos asesinaron a la mitad de los vuestros, robaron vuestros ganados, destruyeron vuestras casas...! ¡Y aún se diría que compadecéis a esos canallas! —les lanzó, iracundo.

—Sai, hemos visto mujeres y niños, ahí abajo —dijo Paulino Fuentes—. Han debido morir... achicharrados.

—¡Mujeres y niños! —chilló Sy, histérico—. Yo no los he visto. Sólo he visto hombres dispuestos a enviarnos al infierno. Como los que acaban de disparar contra nosotros una andanada de proyectiles antiaéreos.

Estaba dispuesto a continuar el raid, y nadie sería capaz de disuadirle. Según la descripción de Edmundo Campo, sólo tendría que seguir la dirección de la meseta de Takabamba para encontrarse en la aldea de los Negros, pocos minutos después.

Y en efecto allá abajo, en la ladera suave vislumbró a los hombres de piel oscura que apacentaban un gran rebaño formado por vacas, caballos, ovejas y cabras. En la cima de una colina se erguían algunos edificios de piedra, medio derruidos. Aquél era el Bastión de los Negros, aquellos inhumanos individuos que martirizaban a sus esclavos, asaltaban los poblados, asesinaban a los hombres y raptaban mujeres y niños.

Ciertamente. Sy no pudo ver a los esclavos, sino a una treintena de jinetes de color que cuidaban del ganado.

—En cualquier caso, son nuestros enemigos —dijo en voz alta—. Debemos exterminarlos.

La heterogénea manada de animales huyó en estampida cuando el helicóptero voló a baja altura sobre la herbosa ladera. Rabiosamente, Sy pulsó los disparadores, silbaron los proyectiles devastadores y una vivísima oleada de fuego cubrió a hombres y animales. Sy no llegó a escuchar los relinchos de los caballos, los mugidos agónicos de las reses, ni los aullidos de dolor de los jinetes convertidos en antorchas vivientes. No escuchó nada porque se lo impidió el estrépito del helicóptero, acelerando para elevarse, describir una amplia curva y alejarse hacia el valle.

Desde mil quinientos metros de altura, contempló el panorama. Había grandes extensiones de bosques en llamas y en la meseta de Takabamba las planchas de las construcciones prefabricadas se retorcían bajo la acción del fuego. Detrás, sólo quedaba destrucción.

Ebrio de ardor guerrero, a Sy le hubiera gustado proseguir la lucha. Pero ¿contra quién, si ya no restaban enemigos? Edmundo Campo afirmaba que en los valles situados al sudoeste existían otros asentamientos humanos. En el futuro. Sy llevaría a cabo otros *raids*, hasta que el último enemigo potencial hubiera sido destruido. Ahora que había comenzado la lucha, no iba a detenerse fácilmente.

Dirigió el aparato hacia la base de Larga Mesa. Naturalmente, esperaba que todos se hubieran congregado en las pistas —con el anciano patriarca y su nieta a la cabeza— para aplaudirle como a un héroe legendario.

Sin embargo cuando hizo descender el aparato advirtió que grandes llamaradas surgían de los hangares. La mayor parte de los mastodónticos reactores ardían y las pistas estaban desiertas. ¿Qué había ocurrido?

—Has olvidado que los Cuatreros disponían de un aparato como éste. Sai —dijo Diego León, dirigiéndole una mirada de reproche.

Una garra helada oprimió el corazón del «gringo». ¿Vairaná muerta, todos sus amigos inmolados en un estúpido holocausto? ¿De qué servía entonces la guerra? ¿Los hombres tendrían que seguir autodestruyéndose hasta el fin de los tiempos?

Angustiado, hizo descender el helicóptero sobre la pista próxima a la torre de control. Se encontraba el aparato a unos quince metros de altura sobre el suelo, cuando escuchó aquel sordo rumor metálico. Giró la cabeza y vio venir vertiginosamente el helicóptero pintado de rojo que volaba por encima de los hangares.

Sintió un golpe en el pecho y súbitamente soltó los mandos. El helicóptero cayó a tierra pesadamente y se incendió. Un vahído intenso le dominaba. Sy alzó las manos de su pecho y las vio chorrear sangre. Su propia sangre.

Detrás de él, León, Fuentes y Ortega saltaban fuera de la nave incendiada, suponiéndole muerto. Sin embargo, aún tuvo fuerzas para librarse del cinturón de seguridad, saltar a través de las llamas que inundaban la carlinga y rodar por el suelo brutalmente.

El hormigón se tiñó de sangre. Sy se incorporó tambaleante y vio evolucionar el helicóptero de los Cuatreros sobre las instalaciones de la base. Estaban haciendo su trabajo a conciencia: de cuando en cuando, una gran llamarada surgía de la panza del aparato y todo lo que había en el suelo quedaba envuelto en llamas.

Corrió atropelladamente hacia la batería de antiaéreos situada bajo la torre de control, tropezó, cayó al suelo y volvió a levantarse, dejando en pos de sí una estela rojiza. Sus manos crispadas se aferraron a los peldaños de la escalerilla y luego llegó arriba y se dejó caer en el sillín del artillero. A través de los ojos entornados vio acercarse, difusa, la mancha roja del helicóptero enemigo.

No disparó hasta que el aparato se acercó a una distancia de cincuenta metros. Entonces vio la silueta del helicóptero en la mira electrónica y apretó los disparadores. Cuatro misiles tierra-aire dejaron estelas impalpables en el aire, y el helicóptero rojo,

alcanzado de lleno, se desintegró en el aire, en medio de una gran bola de fuego.

Sy aflojó las manos, dejó caer los párpados y se desmayó. Su sangre caía en gruesos goterones sobre las planchas metálicas de la batería antiaérea…

* * *

La expresión de las cadavéricas facciones de Dark era terrible.

—Te lo advertí. Sy. ¿Recuerdas mi pesadilla de acuella noche en la ciudad subterránea? Ahora puedes comprobar que era una premonición, un anticipo de la horrible verdad. Te advertí, hijo mío, pero tú no me escuchaste. Te hablé de tu padre, aquel famoso político que en su aberración insolidaria y soberbia llevó a la Humanidad a la catástrofe. Durante muchos años traté de infundir en ti las nociones de la serenidad, la bondad, la nobleza, la solidaridad y la justicia. Pero finalmente ha podido más tu sangre, los genes que heredaste de aquel gran genocida. Siento en mi espíritu el dolor profundo de comprobar que de nada sirvieron mis desvelos. Nuevamente, hijo mío, la violencia ha engendrado violencia, destrucción y muerte. Y tú también has de morir, Sy. Porque has de saber que ha llegado tu hora.

Dark calló, profundamente atormentado. Su puntiagudo mentón descansaba sobre el pecho descarnado. En lo más recóndito de su alma, Sy experimentó un vivo dolor, que no era sino lancinante remordimiento.

—Tienes razón, padre. Mis malos instintos han podido más que mis nobles sentimientos. ¡Si aún pudiera rectificar…!

Lentamente, Dark alzó su ascético rostro y dirigió a Sy una mirada plena de compasión y de impotencia.

—Yo estoy ya al otro lado de la Gran Frontera, hijo mío. Desde aquí, nada puedo hacer por ti. Sin embargo, mi amor te acompañará para siempre. Si has de reunirte conmigo, te estaré aguardando con los brazos abiertos…

Sy sintió que un aliento helado le envolvía. Y entonces tuvo miedo, un temor terrible, angustioso.

—¡No quiero morir! —gritó con todas sus fuerzas, sintiendo en

sus labios el regusto dulzón de su propia sangre—. ¡No quiero morir… aún!

Buscó insistentemente entre las densas tinieblas las facciones familiares de su padre adoptivo, pero por más que se esforzó, sus facultades anímicas se demostraron impotentes para retener la imagen de Dark, que había desaparecido al otro lado de la Gran Frontera.

El frío que sentía se hizo más intenso. Ascendía desde sus pies lenta pero inexorablemente, alcanzaba las rodillas, las caderas, el tórax…

«Si el frío llega al corazón, estaré muerto», pensó Sy, espantado.

* * *

—Creo que va a morir —susurró Edmundo Campo, alzándose del borde del lecho en el que permanecía Sy—. No tiene pulso, su cuerpo se está enfriando. No creo que haya solución.

Vairaná se retorció las manos desesperadamente. Pero en seguida reaccionó.

—Dejadme a solas con él —pidió a todos.

Cuando hubieron salido de la estancia, Vairaná se desnudó lentamente y se acostó junto al cuerpo inmóvil y semidesnudo del hombre al que amaba apasionadamente.

—Yo te daré calor, Sai. Porque es preciso que vivas —susurró, acercando sus labios al oído del moribundo—. Aún tienes que hacer muchas cosas, amor mío.

Durante toda la noche, permaneció prietamente abrazada a aquel cuerpo del que huía la vida. No le importó que dos balas de grueso calibre hubieran atravesado el cuerpo del gringo. Su abuelo había abierto las heridas y extraído con magistral serenidad las balas. La cura había sido larga y dificultosa, pero nadie esperaba que el gringo sobreviviera. Sólo Vairaná, la tímida y dulce jovencita morena, seguía confiando en el milagro.

Al amanecer, entraron el abuelo y varios hombres y mujeres.

—Es inútil, querida Vairaná —dijo el abuelo, dulcemente—. Tienes que rendirte a la evidencia: Sai ha muerto.

—¡Nooo! —gritó ella, irguiéndose rebelde—. ¡Os equivocáis! Está

vivo.

La miraron como si se hubiese vuelto loca de dolor. Pero en aquel instante, un murmullo apenas audible brotó de los labios del hombre que parecía muerto.

—¿Lo veis? —exclamó Vairaná, triunfante, exultante de gozo—. ¡Se ha quejado!

Lentamente, Sy abrió los brazos. Comprendió que Dark, demasiado distante, nada podía hacer ya por él, pero Vairaná *sí había podido.*

* * *

Los hombres del clan de Edmundo Campo arrearon la manada hasta el lindero del bosque y se reunieron con el anciano.

—Hemos hecho cuanto el gringo nos ordenó —informó Juan Ortega—. De la comunidad de los Cuatreros sólo quedan cuatro hombres, once mujeres y seis niños. De los Negros, quince hombres, siete mujeres y veintidós niños y adolescentes. Los hemos alimentado y traído hasta las proximidades del valle. Sólo están esperando nuestras instrucciones.

—¿Les dijisteis que Sy quiere proponerles la paz, que serán desmanteladas todas las armas de guerra y convertidas en máquinas útiles para labrar la tierra y recoger nuestras cosechas? —quiso saber Edmundo Campo.

—Sí, lo hicimos.

—¿Saben ellos, nuestros adversarios, que serán distribuí dos equitativamente todos los bienes, que todos tendrán acogida en este valle, que cada uno disfrutará de los mismos derechos e idénticos deberes? —insistió el patriarca.

—Lo saben. Y están de acuerdo. También ellos están ansiosos por entrevistarse con Sai y firmar el compromiso'.

—Entonces, hacedles venir hasta aquí y subamos todos a Larga Mesa. El gringo nos espera —respondió el anciano.

Sus hombres congregaron al nutrido grupo compuesto por hombres, mujeres y niños del Clan de los Cuatreros y del de los Negros. En todos los rostros se reflejaban las huellas dramáticas de la batalla de Takabamba, pero también brillaba en sus ojos una luz de

esperanza.

Precedida por el viejo patriarca, la muchedumbre inició la ascensión a través de la serpenteante carretera que llevaba a Mesa Larga. Cuando llegaron arriba, vieron al hombre alto y rubio que se apoyaba en el hombro de la bella Vairaná.

Todavía convaleciente de sus graves heridas, Sy hizo un esfuerzo por erguirse en toda su estatura. Su mano derecha, acariciaba levemente los cabellos que caían sobre la espalda de la joven.

El nutrido grupo avanzó hacia la pareja y se detuvo a una distancia discreta. Edmundo Campo alzó una mano y dijo:

—Todo se ha hecho según tus deseos, hijo mío. Aquí están estos hombres y mujeres, que también desean vivir en paz. Todos ellos aceptan las reglas y se avienen a vivir con nosotros en paz y armonía. ¿Quieres hablarles?

Sy suspiró levemente. Todavía le dolía el pecho.

—Sólo quiero decirles que lamento que tuviéramos que llegar a la guerra, que yo también he sufrido en propia carne. Juro que nada tienen que temer de mí en el futuro y que serán acogidos en nuestra comunidad como miembros de pleno derecho. Les doy la bienvenida de todo corazón. No tengo más que decir —pronunció con voz emocionada y solemne.

Un gigantesco hombre de color avanzó dos pasos. Habló:

—Soy Taron Silveira, jefe de mi clan. Acepto la paz y las condiciones que nos han sido expuestas. Hace tiempo que dimos libertad a nuestros esclavos. Trabajaremos con vosotros.

Otro hombre corpulento y barbudo se destacó del grupo.

—Y yo soy Ferrán Hurtado, jefe de los que vosotros llamáis Cuatreros. No somos campesinos ni ganaderos, por lo que nos vimos obligados a robar vuestro ganado. Sin embargo, eso no volverá a ocurrir. Si nos adaptamos a la agricultura, seremos buenos mecánicos, trabajadores útiles en la reparación de máquinas y pertrechos. Acepto también la paz. Nosotros sólo tememos al hambre, que nos ha azotado durante largos años.

—Nosotros os ofrecemos nuestra amistad y colaboración —pronunció Edmundo Campo—. Estoy seguro que unidos prosperaremos y nos multiplicaremos en el valle de Takabamba.

—Sí —asintió Sy—. Ahora sé que la única solución es la paz. Ahora, amigos míos, acojamos a estas personas y ayudémoslas en

todo cuanto nos sea posible. Ortega, León, Fuentes: llevadles a sus instalaciones provisionales, acomodadles, dadles ropas y alimentos. Mañana volveremos todos al valle y comenzaremos a construir nuevas viviendas para todos. De aquí, sólo nos llevaremos lo indispensable para que nuestros trabajos sean menos penosos.

Hombres y mujeres marcados por el fuego y la desesperanza, pasaron junto al gringo dirigiéndoles miradas de reojo en las que no había rastro de rencor. Los niños miraban al gigante rubio con curiosidad y admiración.

Cuando todos fueron instalados. Sy tomó a Vairaná por la cintura y ambos desaparecieron en uno de los hangares indemnes.

Edmundo Campo dejó escapar una cascada risita de complacencia y miró con sorna a las mujeres de su clan.

—Daos prisa en prepararlo todo para mañana. Tendremos que darnos prisa en casar a mi nietecilla —dijo.

Y volvió a reír con toda la socarronería del mundo.

FIN